

El Pequeño Vampiro

y la fiesta de Navidad



ANGELA SOMMER-BODENBURG



Se acerca la Navidad y los padres de Anton le dicen que puede invitar a la fiesta de Nochebuena a algunos amigos. Por supuesto, Anton piensa en Rüdiger y Anna. Pero la presencia de los dos vampiros en su casa es algo muy arriesgado.

¿Se darán cuenta los padres de que se trata de auténticos vampiros? Para complicar más las cosas, en plena fiesta aparece una visita inesperada: Lumpi el Fuerte, hermano mayor del pequeño vampiro.



Angela Sommer-Bodenburg

El pequeño vampiro y la fiesta de Navidad

El pequeño vampiro - 15

ePub r1.0
Eibisi 27.01.15

Título original: *Der kleine Vampir feiert Weihnachten*
Angela Sommer-Bodenburg, 1990
Traducción: José Miguel Rodríguez Clemente, 1992
Ilustraciones: Suat Yalaz

Editor digital: Eibisi
ePub base r1.2





Este libro es para todos aquellos que opinan que en la noche más hermosa del año no puede faltar el pequeño vampiro... Y también, para Burghardt Bodenbug, ¡por supuesto!

Angela Sommer-Bodenburg

¿Qué es lo que quieres?

—¡Anton, al teléfono! —oyó Anton que le llamaba su madre. Naturalmente, había oído sonar el teléfono, pero confiaba en que la llamada no fuera para él.

—Ya voy —dijo Anton de mala gana poniéndose de pie.

¿Quién podía llamarle por teléfono a aquellas horas?

Si hubiera sido ya de noche, hubieran podido ser sus mejores amigos: ¡Rüdiger, el pequeño vampiro!... ¡O Anna, su hermana! Pero a esas horas...

«¡Probablemente será Viola!», pensó Anton. Desde que habían vuelto del viaje con la clase ella no hacía más que darle la lata para que le arreglara como fuera una cita con Rüdiger. ¡Y es que pensaba que el pequeño vampiro era un actor de cine y creía que le iba a conseguir un papel en su «película de vampiros»!

—Date prisa —dijo la madre de Anton al ver que atravesaba el pasillo muy despacio—. ¿O acaso quieres que a la abuela le suba mucho la cuenta del teléfono?

—¡Ah, es la abuela!

Anton se apresuró a coger el teléfono. Después de las preguntas habituales (que cómo estaba, que qué tal el colegio) la abuela de Anton desveló el motivo de su llamada:

—¡Quería hablar contigo del día de Navidad!

—¿Del día de Navidad? —repitió Anton.

—Sí, al abuelo y a mí nos gustaría saber qué es lo que quieres que te regalemos.

—Humm... —vaciló Anton. ¡No debía precipitarse!—. Pues... así de repente... —dijo astutamente.

—Supongo que esta vez ya no querrás cosas tan disparatadas, ¿no? —le preguntó su abuela.

—¿Cosas disparatadas? No tengo ni idea de qué estás hablando —se hizo el inocente Anton.

—¡Ya lo creo que sí! —dijo ella—. Del año pasado, de las cosas tan imposibles que nos pediste de regalo...

—¿Imposibles? —preguntó Anton riéndose para sus adentros—. ¡Pero si los ataúdes son algo completamente normal y corriente!... ¡Y ebanista de ataúdes es una profesión muy bien considerada! —añadió en memoria dé «Johann Holzrock, Muebles Funerarios».

Oyó cómo resoplaba su abuela al otro lado de la línea.

—Pedir por Navidad un ataúd no me parece que sea nada corriente —replicó ella—. Y por eso esta vez te llamo con mucha antelación para que te lo pienses y pidas un par de cosas que sean razonables y apropiadas para tu edad. El abuelo, por ejemplo, piensa en unos patines para patinar sobre hielo.

—¿Unos patines para patinar sobre hielo? ¡Vosotros no debéis de leer los periódicos, ¿no?! —

—¿Porqué?

—Pues porque con el calentamiento de la atmósfera... ya no se hiela ningún lago.

—Ya veo que tu humor no es hoy el más apropiado para hablar conmigo del día de Navidad —dijo la abuela de Anton con una voz ligeramente enfadada—. Pero piénsate con calma qué es lo que quieres. Bueno, y ahora quisiera hablar con tu madre.

—¡Mamá, al teléfono! —gritó Anton, y se encaminó a su habitación.

Acababa de sentarse en su escritorio cuando se abrió la puerta y entró su madre.

—¿Te pasa algo, Anton? —preguntó.

—¿Qué me va a pasar? —se defendió Anton.

—¡La abuela dice que no te alegras nada en absoluto por las Navidades!

—¡Sí, eso es verdad! —dijo Anton de todo corazón.

—¿Y por qué no? —quiso saber su madre.

—Porque... —Anton miró hacia la ventana—. Porque hace mucho que no sé nada de Anna ni

de Rüdiger —contestó luego respondiendo la verdad.

Desde el viaje con la clase el pequeño vampiro había ido una sola vez a visitarle, y Anna tampoco había estado más que una vez en su casa para recoger la capa de vampiro de tío Theodor. Sus abuelos, Sabine la Horrible y Wilhelm el Tétrico, querían lavar y remendar todas las capas de la familia, según le había contado Anna.

Pero la madre de Anton no tenía por qué enterarse de eso.

—¿Y ahora estás preocupado por ellos? —inquirió ella.

—¿Preocupado? No exactamente —dijo él evasivo.

—¿Y qué tal si les invitamos estas Navidades? —propuso su madre.

—¿Qué? —dijo gritando Anton.

—No tiene por qué ser precisamente en Nochebuena —siguió diciendo ella—. Seguro que Anna y Rüdiger la quieren pasar con su familia... ¿O crees tú que ellos no lo celebran? —preguntó después de una pausa.

—Por lo menos como nosotros seguro que no.

—Bueno, pues si no lo celebran en su casa, Anna y Rüdiger también pueden venir en Nochebuena, naturalmente. Aunque yo personalmente preferiría que vinieran el primer día de las Navidades...

La madre de Anton se rió con timidez. ¡Pensando en la Navidad, la fiesta del amor, a ella al parecer le resultaba penoso que los amigos de él no le gustaran demasiado!

—¿Les vas a invitar a los dos? —preguntó ella ya que Anton no respondía.

—Sí —dijo él monosilábicamente.

—Tendrás su número de teléfono, ¿no? —preguntó ella observándole con atención.

Anton se encogió de hombros.

—¿Su número de teléfono?

—¡Si quieres, llamaré yo a su casa!

—No, no —se apresuró a replicar Anton—. Me gustaría invitarles yo.

—¿Y cuándo? —preguntó su madre.

—¿Cuándo? ¡Lo antes posible!

Cuarto Independiente

Pero como ya se temía Anton, pasó aquella noche y pasaron las noches siguientes sin que el pequeño vampiro o Anna llamaran a su ventana.

Y llegó el sábado, el día que sus padres salían por la noche.

—¿Ya has invitado a Anna y a Rüdiger? —preguntó su madre cuando apareció en la habitación de Anton con su entallado vestido negro.

—No —dijo él.

—¿Y por qué no?

Anton miró hacia otro lado y dijo:

—Porque todavía no les he visto.

—¡Pero si les ibas a llamar por teléfono!

—Sí...

—¿Y entonces?

A Anton le costó mucho trabajo permanecer serio.

—No me ha cogido nadie el teléfono —dijo, y aquello ni siquiera era mentira, ¡porque en la Cripta Schlotterstein no había ningún teléfono!

—Pues entonces síguelo intentando —dijo su madre—, porque hoy ya estamos a nueve de diciembre. Y a mí me gustaría saber si en Navidad vamos a tener invitados o no... Además, necesitaremos regalos para Rüdiger y para Anna, si es que vienen.

—Sí, *si es que* vienen —dijo suspirando Anton.

Cuando sus padres se marcharon encendió la televisión de su habitación. Por fin, después de innumerables semanas, los padres de Anton la habían arreglado. De todas formas, no había merecido la pena, teniendo en cuenta los programas que ponían: Anton podía elegir entre *Los alegres músicos populares*, una película del oeste que era un rollo y que era la décima o la undécima vez que la ponían, y un programa «cultural» con cuatro ancianísimos señores y una señora sentados en unos grandes sillones de cuero y que discutían sobre libros aburridos.

Anton decidió seguir pintando un poco el calendario que iba a regalarles a sus padres por Navidad. Tenía una hoja por cada mes. Anton ya había llenado dos hojas con escenas de la «vida» de los vampiros. Se regocijaba por anticipado al pensar en lo que dirían sus padres de los dibujos: en enero se veía a tres vampiros echando una guerra con bolas de nieve. En febrero los vampiros celebraban una fiesta de carnaval. Anton todavía estaba pensando cuál podía ser el dibujo de marzo. Debería tener algo que ver con vampiros y con la primavera.

Mientras Anton se dedicaba a afilar sus lápices de colores oyó de repente un ruido en la ventana. Sonó como si unas uñas terriblemente largas estuvieran rasgando el cristal a cámara lenta.

A Anton se le pusieron los pelos de punta. ¡¿Por qué no habría echado las cortinas?! ¡Ahora el vampiro que estaba allí fuera —y seguro que no era ni Rüdiger ni Anna— con la luz de la lámpara del escritorio podía ver tan bien como si aquello fuera un escenario iluminado!

¿Y si resultaba que era tía Dorothee?...

Anton miró fijamente el negro rectángulo de la ventana con la esperanza de reconocer aún a tiempo a quien estaba acechando allí... cuando oyó una voz primero de pito y luego profunda y atronadora:

—Eh, ¿qué pasa, que te ha dado un soplo en los oídos? ¿O es que te has quedado pegado a la silla?

¡Era Lumpi, el hermano mayor del pequeño vampiro!

En un primer momento Anton sintió un cierto alivio, pero en seguida le invadió una sensación de inquietud. ¡El motivo que le había llevado a Lumpi hasta él no podía ser nada bueno!

Con las rodillas temblorosas, Anton fue a la ventana y la abrió.

—Tendrás un cuarto independiente, ¿no? —preguntó Lumpi mirando desconfiado hacia la puerta.

Anton asintió con la cabeza y pensó: «¡Por desgracia!»

—¡Eso está bien!

Con una sonrisa de satisfacción Lumpi entró de un salto. La nube de «aroma» que le acompañaba le cortó a Anton la respiración. Era un fuerte olor a moho con el que se mezclaba un tufo acre y penetrante, como en la consulta del médico.

—Pues sí, sí —dijo locuaz Lumpi—. Esta vez ha dado resultado.

—¿Ha dado resultado?

—¡Sí! ¿No notas nada?

—No...

Anton quería, como fuera, no meter la pata para no enfadar a Lumpi.

—Pues entonces esfuerza un poco tus pupilas —dijo Lumpi «con una risita y girando la lámpara del escritorio de Anton para que la luz le diera en la barbilla—. ¿Y ahora?

—Tu piel...

—Es fabuloso, ¿verdad? —dijo Lumpi riéndose como un descosido—. ¡Buenas relaciones, Anton Bohnsack, buenas relaciones!

—¿Buenas relaciones?

—¡Sí señor! Cuando uno las cuida puede llegar lejos en la vida.



¿En la «vida»? Ahora le tocó el turno de reírse a Anton.

Lumpi bufó furioso inmediatamente:

—Schnuppermaul dice que estos pocos granitos que aún nae quedan también desaparecerán en seguida. ¡Y es que su «Granos-Ex» es un remedio milagroso!

—¿Te ha dado el remedio Schnuppermaul? —se sorprendió Anton—. ¿Y qué es lo que opina Geiermeier de eso?

¡Y es que el guardián del cementerio no podía estar de acuerdo con que Schnuppermaul le ayudara a un vampiro a tener la piel más sana!

—¿Geiermeier? ¡Bah, ése está siempre en la cama! —repuso Lumpi.

—¿Está siempre en la cama? —repitió Anton.

—Bueno, siempre no, pero casi siempre —precisó Lumpi—. Por lo menos... Schnuppermaul dice que desde que Geiermeier tuvo el ataque al corazón ya no es el mismo. Ya está pensando en cambiar de profesión.

—¿Geiermeier quiere cambiar de profesión?

—¡No! —dijo Lumpi dándole golpecitos a Anton en la frente con su dedo índice—. ¡Realmente no eres muy listo que digamos! *Schnuppermaul* es el que quiere cambiar de profesión. Se está pensando si estudiar para peluquero. En principio eso para mí no estaría nada mal. Sólo que no podría ponerme espejos en su peluquería, ¡ji, ji, ji!

Te has quedado pasmado ¿eh?

Luego, volviendo a ponerse serio, Lumpi siguió:

—Si Schnuppermaul no me tuviera *a mí*, ya se habría marchado hace mucho. Las conversaciones que tiene conmigo por la noche en el cementerio... son, según dice, lo único que le retiene.

Anton observó cautelosamente:

—Pero, ¿no sería mucho mejor para vuestra familia que Schnuppermaul se marchara? Quiero decir..., así tendríais un enemigo menos.

Lumpi se rió estrepitosamente.

—Tu mente no es que esté a oscuras, es que está negra como la pez.

—¿Tú crees? —replicó fríamente Anton.

—¡Efectivamente! ¡Geiermeier *con* Schnuppermaul es mucho menos peligroso para nosotros que *sin* él!

—Bueno, si tú lo dices...

—¡No sólo yo! ¡Lo dice el Consejo de Familia en pleno! —declaró grandilocuente Lumpi.

—¿El Consejo de Familia? —dijo sorprendido Anton.

Lumpi se irguió.

—El Consejo de Familia me ha encargado a mí, Lumpi el Fuerte, que cuide y fomente unas buenas relaciones con Schnuppermaul... ¡en beneficio de toda nuestra familia!... Te has quedado pasmado, ¿en? —preguntó buscando la admiración de Anton.

—¡Es verdad! —dijo Anton.

—Pues sí, pues sí... —dijo Lumpi sonriendo con orgullo—. Y mi primera buena acción será celebrar la Navidad en casa de Geiermeier.

—¡¿Cómo?! —exclamó Anton.

—Has oído bien —dijo Lumpi con una risita—. Schnuppermaul me ha invitado a celebrar la Navidad con Geiermeier y con él. Y yo voy a aceptar su invitación... ¡Naturalmente, sólo en interés de nuestra familia!

Anton apenas podía dar crédito.

—¿Que *tú* vas a celebrar la Navidad con Geiermeier?

—¿Por qué no? —dijo Lumpi—. ¡Si me arreglo un poco!... —dijo atusándose sus rubios y enmarañadísimos cabellos—. Me haré un peinado apropiado para Navidad, me pondré un poco de maquillaje de tía Dorothee...

Anton aguzó el oído.

—¿Tía Dorothee? ¿Está otra vez aquí?

Lumpi le lanzó una mirada glacial.

—¡Sí! ¡Pero no me distraigas con preguntas tontas! ¿Dónde nos habíamos quedado?... ¡Ah, sí, íbamos a hablar de *tu* misión!

—¿De mi misión? —murmuró Anton temiéndose lo peor.

—Tú lo has dicho —dijo Lumpi dirigiéndose elásticamente hacia la puerta y abriéndola de un tirón—. ¡Lo primero que vas a hacer es enseñarme tu casa adornada para Navidad! Mis ojos deben

irse acostumbrando poco a poco a esa visión tan poco vampiresca.

—Pero... —empezó a decir Anton.

—¡No hay peros que valgan! —tronó Lumpi—. ¡¿O es que quieres impedir que Lumpi el Fuerte cumpla la misión que le ha encomendado oficialmente el Consejo de Familia de los Von Schlotterstein?!

—No, no...

—¡Pues entonces vamos!

—Si insistes...

Lleno de inquietud, Anton siguió a Lumpi hasta el pasillo.

Como él se suponía, la visita al piso supuso una decepción para Lumpi, pues excepto un par de ramos de abeto y la corona de Adviento que había en la cocina absolutamente nada recordaba la Navidad.

Lumpi sacudió incrédulo la cabeza.

—¿Y vuestro árbol? —exclamó—. ¿Y las bolas y las velas?

Anton se mordió los labios.

—Todavía es demasiado pronto para eso.

—¿Demasiado pronto? —gruñó Lumpi.

—Sí. A adornar la casa no se empieza hasta poco antes de Navidad. Y el abeto se compra al final del todo, para que no suelte agujas por todas partes... Yo te lo iba a decir —añadió—, pero es que tú ni siquiera me has dejado hablar.

—¡Esto es una infamia, una infamia a la Bohnsack! —puso el grito en el cielo Lumpi—. ¡¿Cómo me voy yo a acostumbrar a esa visión tan poco vampiresca si en tu casa no hay nada de nada?!

—Pues puedes ir volando por la ciudad y mirar los escaparates —propuso Anton.

—No, eso no es lo mismo —repuso con aspereza Lumpi—. Tiene que ser una casa.

Se rascó la cabeza; parecía estar reflexionando.

De repente se rió estruendosamente y exclamó:

—¡Ya lo tengo! ¡¿A nosotros qué nos importan los demás?! ¡A nosotros nos trae al fresco que no se empiecen a adornar las casas hasta poco antes de Navidad! ¡Tú te vas a poner a adornar la tuya en seguida!

—¿Y si mis padres no están de acuerdo con eso? —objetó Anton.

—Pues entonces tendrás que poner en juego tus encantos —replicó Lumpi—. ¡Igual que lo haces siempre con Anna!

Aquello le dio pie a Anton para preguntar:

—¿Qué tal está Anna?

—Bien —contestó con indiferencia Lumpi—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque... hace ya mucho tiempo que no ha venido por aquí. Y... y Rüdiger tampoco.

Lumpi se encogió de hombros.

—Quizá tengan cosas más importantes que hacer.

—¡Pero es que tengo que invitarles! —dijo Anton, y luego carraspeó—. Mis padres quieren que celebren la Navidad con nosotros.

—¡Qué conmovedor! —dijo Lumpi—. A pesar de eso, no creo yo que vengan.

—¿Y por qué no?

—Porque a ellos, al contrario que a mí, el Consejo de Familia no les ha encargado nada. ¡Y porque no creo que nuestra familia tenga ningún interés en que ellos celebren nada precisamente en la casa de Anton Bohnsack y de sus padres!

Anton torció la boca.

—Pero a lo mejor Anna y Rüdiger sí que tienen interés —dijo con arrojo.

—Está bien, les haré llegar tu invitación —ofreció condescendiente Lumpi—. Pero sólo porque yo ya estoy comprometido para Navidad —dijo con una risita—. ¡Porque si no, vendría yo a visitaros a vosotros, ja, ja, ja!

Se acercó a la ventana del cuarto de estar y sin tener en cuenta las dos macetas que allí había la abrió. Las macetas se estrellaron contra el suelo. Por fortuna, sin embargo, no se rompieron.

Lumpi lo único que hizo fue reírse irónicamente.

—Será mejor que empieces en seguida a adornar la casa —dijo—. ¡Si no, no vas a haber terminado cuando vuelva mañana por la noche!

—Primero podré barrer la tierra de los tiestos, ¿no? —replicó furioso Anton.

—¡Que te diviertas! —dijo Lumpi con una risita y salió volando hacia el cielo nocturno.

El asunto del árbol

Cuando Anton se despertó a la mañana siguiente y su mirada fue a parar a un armatoste con forma de árbol que estaba en medio de su habitación, creyó, en un principio, que era una pesadilla.

Anton recordó que en algún momento, aquella noche, habían llamado a su ventana. Medio dormido había llegado a tientas hasta la ventana y entonces Lumpi, diciendo «¡Toma! ¡Éste seguro que no suelta agujas!», le había echado dentro de la habitación aquel armatoste verde y se había marchado otra vez volando.

Lleno de repugnancia Anton observó el «árbol». Tenía una pinta tan poco auténtica que casi hacía daño a los ojos. Todo..., hasta las bolas, las campanitas y los ángeles, era ¡de plástico!

Anton suspiró. Se podía imaginar perfectamente lo que diría su madre de aquel monstruo de abeto: «¡Esa cosa tiene que ir a la basura!»



«¡Y además tendría mucha razón!», pensó Anton.

¡Si Lumpi no hubiera anunciado que iba a volver aquella noche, Anton habría hecho desaparecer aquel armatoste de plástico en el sótano hasta la próxima recogida de basura!

Sin embargo, dadas las circunstancias, no le quedaba más remedio que colocar allí, en su casa, el «abeto» de Lumpi...

Mientras desayunaba con sus padres, Anton llevó la conversación hacia ese tema sin llamar demasiado la atención.

—Ahora sí que me alegro de las Navidades —dijo.

—Ah, ¿ya has hablado con Rüdiger y con Anna? —preguntó su madre.

—No —contestó—. Simplemente me han entrado ganas... Sólo hay una cosa que no me gusta.

—¿Qué cosa? —quiso saber el padre de Anton.

Anton bebió un sorbo de cacao.

—El asunto del árbol. Opino que esta vez no deberíamos coger un abeto de verdad.

Su padre se rió y dijo:

—¡Pero si un abeto, un auténtico abeto, es el símbolo de la Navidad!

—¿Y la despoblación forestal qué? —dijo Anton—. ¿No tenéis en cuenta la despoblación forestal?

—¿Qué es lo que tiene que ver la despoblación forestal con nuestro abeto? —replicó la madre de Anton.

—Pues que por Navidad se talan bosques enteros —dijo persistente Anton.

—Sí, pero solamente árboles que han sido plantados ex profeso para la Navidad —repuso su madre—. A esos árboles no les afecta la despoblación forestal... Al fin y al cabo, no vamos a comprar encinas ni hayas —añadió.

Anton apretó los labios. ¡Así pues, tendría que hacer de tripas corazón y colocar el árbol de Lumpi en su habitación!

Quedaba todavía otro problema: ¿No podríamos empezar ya a adornar la casa? —preguntó—. ¡Al fin y al cabo, hoy ya es el segundo domingo de Adviento!

Sus padres se miraron.

—No hemos empezado a propósito —declaró entonces la madre de Anton—. Como el año pasado te estuviste quejando todo el rato... ¿O ya no te acuerdas de que yo quería dar un aspecto un poco más festivo al cuarto de baño y puse allí un pequeño belén? ¡Protestaste tanto que tuve que quitarlo!

—Sólo protesté porque la mula y las ovejas siempre estaban caídas —dijo Anton.

—Bueno, a mí la propuesta me parece estupenda —se dejó oír entonces el padre de Anton—. Está muy bien que uno se vaya animando para la Navidad.

—Y yo me pregunto que a qué viene este repentino cambio de opinión —repuso la madre de Anton lanzándole una mirada escrutadora.

Anton se rió burlón. Mal podía admitir que tras su «cambio de opinión» se encontraba Lumpi. Astutamente dijo:

—Bueno, es que... ¡tal vez así consiga más regalos!...

—¡Menudo truco! —exclamó riéndose el padre de Anton.

—Muy típico de Anton —dijo su madre con cara de vinagre—. ¡Como si la Navidad no fuera más que una fiesta de regalos!

—Una fiesta de regalos apropiados —puntualizó Anton—. Por cierto, que ya casi tengo la lista de lo que quiero.

—¡Estamos intrigadísimos! —dijo ella con un tonillo irónico.

Al parecer con ello quería recordarle a Anton que el año anterior había pedido un ataúd, una capa de vampiro, sábanas negras y una dentadura de vampiro hecha por el dentista.

—¡Después de comer adornaremos la casa! —exclamó emprendedor el padre de Anton frotándose las manos—. ¿Me vas a ayudar a subir del sótano la caja con los adornos de Navidad, Anton?

—Claro —dijo complacido éste.

A media tarde había ángeles, figuritas de Papá Noel, estrellas, bolas y campanitas de todos los

tamaños hasta en el cuarto de baño.

—No habéis dejado absolutamente nada para el abeto —dijo disgustada la madre de Anton, que había estado corrigiendo exámenes en su habitación y no había participado en la decoración de la casa.

—Bah, podemos comprar más adornos para el árbol —replicó el padre de Anton, y éste corroboró:

—¡Efectivamente! Hoy en día tienen las cosas más insólitas.

—¿Insólitas? —repitió su madre levantando las cejas—. Tal vez pequeños vampiros con capas y campanas con forma de ataúd, ¿no? Anton se rió irónicamente.

—No, por desgracia no... todavía.



El caso era que estaba muy satisfecho con el aspecto navideño que tenía ahora la casa y, por tanto, podía estar bastante tranquilo ante la visita de Lumpi. Lo único que le quedaba era colocar el horroroso árbol de plástico en su habitación...

—Me voy a mi habitación —anunció—. Voy a hacer algo de bricolaje para Navidad.

—¡Bricolaje! —dijo contenta su madre—. ¡Qué buena idea!

Y Anton, efectivamente, tuvo que «hacer bricolaje». Aquel monstruo de árbol tenía como «pies» cuatro alambres envueltos con cinta aislante verde, y pasó por lo menos un cuarto de hora sin que Anton pudiera ponerlos de tal forma que el árbol no se volcara.

Por fin lo consiguió. El árbol, reluciente y hortera, estaba de pie en medio de la habitación con sus ramas poco naturales extendidas y llenas de adornos de plástico.

Anton suspiró. Se echó en su cama y abrió su último libro: *Vampiros entre amigos*. Seguro que su madre entraría en seguida y entonces empezaría una discusión poco amistosa: que de dónde había sacado el árbol; que cómo se atrevía a llevar a casa una cosa tan espantosa como aquella... y demás y demás...

Las noches de diciembre son largas

Anton tenía que haberse quedado dormido mientras leía, pues de repente la habitación estaba a oscuras.

Encendió la luz. Lo primero que vio fue aquel monstruo de árbol. Luego se dio cuenta de que las cortinas estaban echadas. ¡Eso sólo lo podían haber hecho sus padres! Y, entonces, también habrían descubierto el árbol de plástico...

Anton miró su reloj de pulsera: era casi medianoche. ¿Estarían ya durmiendo sus padres? Se fue hasta la puerta, la abrió una rendija y aguzó el oído. La vivienda estaba completamente en silencio; sí, en toda la casa no se oía ni un sonido.

Y en medio de aquel silencio, Anton oyó de pronto que alguien llamaba a su ventana. En un primer momento se quedó paralizado del susto, pero luego cerró rápidamente la puerta y se fue corriendo a la ventana. ¡De ninguna manera quería hacerle esperar a Lumpi, pues era capaz de romper el cristal de la ventana!

Pero resultó que el que estaba allí fuera, en el alféizar de la ventana, no era Lumpi...

—¡Rüdiger! —exclamó Anton con una mezcla de sorpresa y alegría.

—Hola, Anton —dijo el pequeño vampiro con voz ronca, y sin esperar una invitación se coló en la habitación.

Un olor peculiar le acompañaba. «¡Igual que en clase de química!», pensó Anton. ¿Sería por la limpieza de las capas de vampiro? La capa de Rüdiger estaba como si la hubieran cepillado con fuerza o quizás incluso como si la hubieran lavado. Y los numerosos agujeros que tenía los habían zurcido con una maña extraordinaria.

—Sí, es que tiene que durar hasta dentro de veinte años —dijo el pequeño vampiro, que se había dado cuenta de la mirada de Anton. Y con una amplia sonrisa señaló el árbol de plástico y preguntó—: ¿Tú también tienes uno de éstos?

—Me lo ha traído Lumpi.

El pequeño vampiro se dio golpecitos en la frente.

—¡Debe de haber encontrado un nido en alguna parte!

—¿Un nido?

—¡Sí! Un nido de abetos. ¡En la cripta tenemos nueve!

—¿Nueve árboles de plástico como éste?

—¡Uno para cada uno, figúrate! Lumpi los llevó hasta allí anoche. Es que va a celebrar la Navidad con Schnuppermaul y Geiermeier.



—Ya lo sé —dijo Anton.

El pequeño vampiro miró enfadado a Anton.

—¿Lo sabes por Anna acaso?

—No, me lo ha contado Lumpi..., antes de que trajera el árbol. Y hoy, por Lumpi —siguió diciendo Anton—, hemos puesto adornos navideños en toda la casa. Para que se pueda ir acostumbrando a esa visión.

—¡¿Cómo?! —exclamó el pequeño vampiro entrecerrando los ojos—. ¿Les has puesto al corriente de todo a tus padres?

—¡Claro que no! —le tranquilizó Anton—. Les dije que quería adornar la casa *para mí*... Pero mis padres quieren invitaros a ti y a Anna a que celebréis la Navidad con nosotros.

—¿Qué celebremos la Navidad con vosotros? —dijo el pequeño vampiro, al que pareció gustarle la idea, pues sonrió halagado—. ¿Y entonces tendremos regalos de verdad, como por ejemplo... —echó un vistazo a la librería de Anton— libros emocionantes?

Anton asintió con la cabeza.

—Por eso a mi madre le gustaría saber si vais a venir, ¡porque todavía tiene que comprar los regalos!

—Humm... —dijo el vampiro castañeteando sus afilados dientes—. Después de más de ciento cincuenta años, ésta sería la primera vez que celebraría la Navidad...

—¿Quiere eso decir que aceptáis la invitación? —preguntó Anton.

—¡No! —bufó el pequeño vampiro—. ¡Me pensaré todo a fondo, muy a fondo!... ¡Y también lo tengo que hablar todavía con Anna!

—¿Y qué le digo entonces a mi madre?

—¿A tu madre?

—¡Sí! ¿Tiene que comprar los regalos o no?

Rüdiger se rió con estridencia.

—¡Pues claro que tiene que comprar los regalos! ¡Aunque no lo celebremos con vosotros... los regalos vendremos a recogerlos de todas maneras! ¡Ji, ji, ji!

—¿Y cuánto tiempo tienes que pensarlo?

—¿Cuánto tiempo? —dijo el vampiro volviendo los ojos hacia el techo—. Eso puede tardar...

—Espero que no sea hasta el 27 —observó Anton.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con el 27? —replicó irritado el pequeño vampiro.

—¡Pues que el 27 de diciembre ya se ha pasado el día de Navidad!

—¡Ah, lo decías por eso!

El pequeño vampiro se había puesto colorado. Para que no se le notara el corte gritó:

—Y entonces ¿por qué no nos has invitado un poco antes? ¡Así al menos hubiera tenido tiempo de pensármelo todo con calma!

—En primer lugar, ayer le pedí a Lumpi que os transmitiera la invitación —repuso Anton.

—Eso te lo podías haber ahorrado —le interrumpió el pequeño vampiro—. Lumpi tiene una memoria que parece un colador. Y aparte de eso, él nunca hace nada por los demás.

—Y en segundo lugar —prosiguió Anton—, mis padres hasta hace un par de días no habían decidido invitaros.

—Está bien, me lo pensaré hasta el sábado que viene —declaró en tono conciliador el pequeño vampiro, y luego miró hacia la ventana—. Y ahora tengo que irme —murmuró.

—¿Para qué has venido en realidad? —preguntó Anton.

El pequeño vampiro volvió el rostro hacia él y se rió burlón, de tal forma que Anton pudo ver sus blancos y relucientes colmillos.

—¿No te lo imaginas? —preguntó suavemente.

Anton retrocedió un paso.

—¡No, no me lo imagino! —contestó haciendo esfuerzos para que su voz no sonara asustada.

Rüdiger soltó una risita.

—Sólo ha sido una pequeña broma —dijo.

Con un rapidísimo movimiento cogió el libro de Anton, *Vampiros entre amigos*, y lo hizo desaparecer bajo su capa.

—Esto es justo la lectura que necesito. Es que las noches de diciembre son largas, ¿sabes?

—¡Eh, si acabo de empezar a leerlo! —exclamó Anton, pero el pequeño vampiro ya había salido volando por la ventana.

Furioso, Anton le siguió con la mirada. ¡Ahora ni siquiera había podido preguntarle a Rüdiger

por Lumpi!

Cuando el pequeño vampiro ya no era más que una sombra lejana y difusa en el cielo, Anton cerró la ventana, se desnudó y se metió en la cama.

Una auténtica sensación

Pero aquella noche Lumpi no apareció.

A la mañana siguiente Anton estaba completamente solo en su casa. A su padre le gustaba «levantarse con las gallinas», como él decía..., y los lunes su madre empezaba a dar clases a las ocho. Anton, por el contrario, no tenía que llegar al colegio hasta la tercera hora de clase.

«¡Afortunadamente!», pensó, pues, si no, seguro que sus padres le habrían echado la bronca por lo del árbol de plástico durante el desayuno. Ahora, sin duda, la bronca debía esperarla para la comida... Y efectivamente: su madre estaba de pie junto al horno con cara de mala uva cuando Anton llegó a casa poco después de la una. Y esa cara de pocos amigos seguro que no se debía únicamente al hecho de que no le gustaba cocinar.

—¡Mira encima de la mesa! —dijo ella al instante.

—¿Encima de la mesa?

Allí solamente había un periódico.

—¡Mira mejor!

Lleno de inquietud, Anton se acercó al periódico. Era el *Panorama de Nordstadt*, un periódico local que informaba principalmente sobre los «acontecimientos» de los alrededores: desde las reuniones de criadores de palomas hasta los bailes que organizaban los bomberos, pasando por las bodas de oro y diamantes.

En esta ocasión, sin embargo, el reportero parecía haber dado con una auténtica sensación: «Misterioso robo», ponía llamativamente en primera página con gruesas letras de imprenta negras.

Debajo de los titulares iba impresa la foto de unos grandes almacenes. No, sólo se veía el *tejado* de los grandes almacenes, tal como Anton comprobó asombrado. ¿Un «misterioso robo» en el tejado? ¿Es que habría allí algo que robar?

Se inclinó sobre el periódico para leer el informe, impreso en letra pequeña.

—¡Léelo en alto, léelo en alto! —le exigió su madre.

Anton se sentó y empezó a leer:

«11 de diciembre. Desde el domingo la Policía judicial está investigando un caso de robo extraordinariamente misterioso: el sábado por la noche fueron robados un total de diez abetos de plástico...»

Anton se detuvo y miró furtivamente a su madre. Ella le estaba observando de una forma inusualmente crítica, según le pareció a él.

«Fueron robados los abetos de plástico de los grandes almacenes», siguió leyendo. «Las circunstancias que rodean al hecho son especialmente misteriosas: los diez abetos fueron robados del tejado de los grandes almacenes. ¡Y la pesada puerta de hierro que conduce al tejado estaba cerrada con llave! Tampoco la abrieron violentamente, según nos ha asegurado Heino Klemm (43 años). ¿Cómo llegaron entonces los autores al tejado? ¿Eran trepadores de fachadas? ¿Tenían escaleras? Sin embargo, no se han descubierto huellas que indiquen ningún tipo de medios auxiliares, tales como escaleras o sogas.



»Según estima Alfons Rleineisen (44 años), de la Policía judicial, cabría pensar que los autores podrían haber llegado con un helicóptero. Pero ¿quién utiliza un helicóptero para robar diez abetos de plástico?

»Tampoco hay ninguna claridad sobre los motivos de los autores. ¿Fueron fanáticos que con el robo de los abetos querían protestar contra las fiestas de Navidad?

»Si así fuera, este robo de abetos no sería más que el principio y deberíamos estar preparados para toda una serie de hechos similares... ¡Confiemos en que sólo se trate de una chiquillada!»

El artículo finalizaba con aquellas palabras.

Vampiros que celebran la Navidad...

Anton sintió que se le habían puesto las orejas coloradas.

—¿Y bien? —preguntó su madre—. ¿No tienes nada que decirme?

—¿Qué es lo que iba a tener que decir? —se hizo el ingenuo Anton. Se sentía completamente desconcertado y no se le ocurría ni la más mínima excusa.

—¿Y el repulsivo árbol de plástico que hay en *tu* habitación? —preguntó ella con una mirada penetrante—. Supongo que no será un espejismo, ¿no?

—No —confirmó Anton.

Y en sus pensamientos añadió: «¡Desgraciadamente!»

—¿Y no es verdad que ese árbol de plástico sólo lleva en tu habitación desde el domingo? —siguió investigando su madre.

—Sí.

—¿Y cómo ha ido a parar hasta allí, si se puede saber?

Anton vaciló. ¿Debía decir que se había «encontrado» el árbol en la calle? No, de todas maneras, aquello su madre no se lo iba a creer, así que dijo la verdad:

—Me lo ha traído Lumpi.

Su madre le miró perpleja.

—¿Lumpi? ¿Quién o qué es Lumpi?

—El hermano mayor de Anna y de Rüdiger. Ya te he hablado alguna vez de él.

—¿Y él te ha traído el árbol de plástico?

—Sí.

—¿Y cuándo?

—¿Cuándo? —repitió Anton para ganar tiempo—. El sábado. Cuando estuvisteis en el teatro.

—¿Significa eso que tú invitas a gente a casa por las noches cuando nosotros no estamos? —exclamó su madre.

—¡No, no significa eso! —replicó Anton—. Lumpi vino por su cuenta... Y yo no quería tener ese espantoso árbol —añadió.

—Entonces será mejor que le devuelvas el árbol a Lumpi —declaró la madre de Anton—. ¡No me gustaría nada que *tú* te vieras implicado en este asunto! ¡La Policía judicial ya está investigando!

—¡No le *puedo* devolver el árbol a Lumpi.

—¿Y por qué no?

—¡Porque es un regalo! ¡Y porque Lumpi se pone furiosísimo cuando le desprecian un regalo!

—Humm... —dijo la madre de Anton reflexionando—. Quizá deberíamos hablar con Lumpi *nosotros*, papá y yo. Así podríamos explicarle que ha sido una estupidez lo que ha hecho.

—¡Eso es verdad! —le dio la razón Anton.

—¿Y cuándo vas a volver a ver a Lumpi?

—Probablemente hoy mismo. (Lo de «por la noche» prefirió callárselo).

—¿No lo sabes seguro?

—No, con Lumpi nunca se sabe nada seguro.

—¿Y de Anna y de Rüdiger? —preguntó la madre de Anton—. ¿Sabes ya algo más concreto?

—¿A qué..., a qué te refieres?

—¡A si van a celebrar o no las Navidades con nosotros!

—Ah, era eso... Rüdiger me lo dirá ya seguro el sábado.

—¿Y Lumpi? Quizá también querría venir a casa en Navidad.

—¡No, seguro que no! —la contradijo apresuradamente Anton.

—Pero si sus padres en casa no lo celebran en absoluto... —objetó la madre de Anton.

—Es que... él ya tiene plan. Con su pandilla.

—¿Con su pandilla? ¿Acaso Lumpi es uno de esos gamberros que van por ahí haciéndose los fuertes?

—No —dijo Anton que tuvo que hacer esfuerzos para poner cara seria—. Lumpi no es de los que «van haciéndose los fuertes», es increíblemente fuerte. ¡Se llama incluso Lumpi el Fuerte!...

—Parece que no sólo es increíblemente fuerte —observó la madre de Anton con un tono ligeramente sarcástico—. Parece que también es un trepador con mucho talento, pues, si no, ¿cómo ha podido llegar hasta los árboles de Navidad?

Anton se mordió la lengua.

—No sé, yo no estaba...

—¿O es que tiene un helicóptero?

Anton entonces no pudo evitar reírse.

—No, un helicóptero no tiene. —Hizo una pausa y luego dijo—: A pesar de todo, me imagino que Lumpi... fue volando.

—Ah ¿sí? —dijo ella, que no parecía nada convencida.

—Sí, con su capa..., con su capa de *vampiro*.

Tal como Anton había previsto, ¡la verdad fue lo que menos se creyó su madre!

—Ajá —dijo ella solamente—. ¡Por lo que parece, tú no te estudias muy a fondo tus libros de terror!

—¿Por qué?

—Vampiros que celebran la Navidad... —dijo riéndose secamente—. ¡Eso es como si los vampiros fueran a un solarium o tomaran píldoras de ajo!

—Tú lo sabrás —opinó Anton.

—Y además —dijo ella guiñándole los ojos—, no pretenderás hacerme creer que ese Lumpi es... un vampiro!

—¡No, no! —aseguró rápidamente Anton, y no era mentira, ¡pues no pretendía en absoluto hacérselo creer! Y muy enérgicamente preguntó—: Bueno, ¿cuándo vamos a comer?

—¡Ahora! —contestó su madre poniendo el plato en la mesa con tanta fuerza que la sopa estuvo en un tris de derramarse.

Tía Dorothee, por ejemplo

Hasta media tarde la madre de Anton no volvió a hablar de los árboles de plástico. Sólo cuando empezó a oscurecer le preguntó a Anton:

—Bueno, ¿y dónde está Lumpi?

Anton miró por la ventana de la cocina.

—Si lo supiera yo...

Él, por supuesto, sabía dónde estaba Lumpi: ¡en el ataúd! Probablemente en ese momento echaba a un lado la pesada tapa, se estiraba y bostezaba.

—¿Crees tú que aún vendrá? —preguntó su madre.

—Espero que sí —contestó.

—¿Por qué no vas *tú* a su casa? —propuso ella—. No me gusta que vayas por ahí fuera cuando ya ha oscurecido, pero dadas las circunstancias... ¡Imagínate que la policía le siguiera la pista a Lumpi! Eso podría traerle malas consecuencias para toda su vida.

—¿Para toda su «vida»? —dijo Anton sonriendo irónicamente. Pero su madre sin duda tenía razón: con el escándalo que había provocado el robo de los árboles de plástico era bastante posible que Lumpi estuviera en peligro.

—Humm, tienes razón —dijo Anton—. Me iré a su casa.

—¿Quieres que te acompañe? —le ofreció ella.

—¿Acompañarme? ¡No! —rechazó la propuesta Anton. Y añadió con perspicacia—: ¡El señor Schwartenfeger siempre dice que quien la armó que la desarme!

El señor Schwartenfeger era el psicólogo con el que Anton y sus padres habían mantenido a menudo conversaciones «inteligentes».

—Está bien —dijo la madre de Anton—, ¡pero prométeme que irás directamente a casa de Lumpi, que no te pararás en ningún sitio y que regresarás a casa en cuanto termines!

—Claro —dijo con jactancia.

Ya fuera, Anton se montó en su bicicleta y se puso en marcha. Las tiendas aún estaban abiertas, así que todavía había bastante gente en la calle. Pero Anton no se encontró a ningún conocido. Llegó al cementerio sin incidentes.

Dejó su bicicleta apoyada contra el muro del cementerio, pintado de blanco, al lado de un arbusto de mediana altura. Luego se aproximó cautelosamente al portón de la entrada. En un cartel que había junto al muro ponía: «En invierno el cementerio sólo está abierto hasta que anochece». ¡Pero quizá tuviera suerte y todavía estuviera la puerta abierta!

Aquella noche Anton no tenía la más mínima gana de recorrerse el muro del cementerio hasta encontrar un sitio por donde poder saltar. Prefería utilizar los caminos oficiales, pues a esas horas tan tempranas de la noche no sabía *a quién* debía temer más, si a Geiermeier y a su ayudante Schnuppermaul... ¡o a los vampiros adultos, que, tan poco tiempo después de haberse despertado, seguro que aun andaban merodeando por allí!

Y efectivamente: el portón no estaba cerrado. Anton entró en el cementerio con el corazón palpitante.

Las farolas que bordeaban el camino principal todavía permanecían encendidas, pero por lo

demás todo estaba a oscuras.

Anton se desvió hacia la izquierda. Aunque fuera dar un rodeo, aquel día consideró más sensato *no* pasar por la capilla. En el pozo que había junto a la capilla terminaba la vieja salida de emergencia de la cripta y... ¿quién sabía si alguno de los vampiros no la utilizaba de vez en cuando? Tía Dorothee, por ejemplo...

Anton sintió que se le ponía la carne de gallina.

Siguió andando de puntillas, esforzándose, temeroso, por no hacer ningún ruido. ¡Los vampiros tenían buen oído!

A mano izquierda, a unos cincuenta metros de distancia, Anton reconoció entonces la casa de Geiermeier. Se detuvo y acechó a través de los casi pelados setos. En el pasillo había luz, y también estaban encendidas dos ventanas de la planta baja.

En un primer momento Anton estuvo tentado de acercarse furtivamente a la casa y echar un vistazo al interior. ¿Acaso también Geiermeier y Schnuppermaul habrían decorado ya sus habitaciones para Navidad?

Pero Anton rechazó rápidamente esa idea. Y con el pensamiento tranquilizador de que al menos se había librado de encontrarse con Geiermeier y con Schnuppermaul continuó su camino. Llegó a la parte antigua y descuidada del cementerio. Muy pegado a las sombras de los árboles se deslizó hasta un seto de siempreviva. Desde allí pudo reconocer el gran abeto bajo el cual estaba el agujero de entrada a la Cripta Schlotterstein..., bien camuflado con ramas de abeto y una capa de musgo.

El plan de Anton era quedarse allí y esperar hasta que alguien abandonara la cripta. ¡En el mejor de los casos, sería el propio Lumpi en persona!

De repente oyó voces lejanas que procedían de la casa de Geiermeier. Al parecer Anton se había alegrado demasiado pronto... Se agachó. Las voces se aproximaron, y entonces Anton pudo entender lo que estaban hablando.

—¿Es que no tienes compasión? (Aquella era la voz de Schnuppermaul).

—¡Bah! ¡Compasión! —contestó con aspereza Geiermeier—. ¡Yo no me puedo permitir esas sensiblerías! Al fin y al cabo, yo soy guardián de cementerio... y no un enfermero.

—¡Pero es que mi pie!... No puedo dar ni un paso —exclamó lloriqueando Schnuppermaul.

—¡Por una minúscula herida! —dijo despectivo Geiermeier—. ¡Tranquilízate y cállate ya de una vez! ¿O quieres que te muerda un vampiro?

—¡No! —gritó aterrado Schnuppermaul.

—¿Lo ves? —dijo Geiermeier—. ¡Y ahora ven! Hoy examinaremos la vieja capilla. Es que tengo una sospecha...

—Pero el médico... —empezó a decir Schnuppermaul.

—¡El médico! —le quitó la palabra de la boca groseramente Geiermeier—. ¡Deberías cambiar de oficio si por una herida de nada quieres irte corriendo al médico!

—Me estás entendiendo mal —se quejó Schnuppermaul—. ¡*Tu* médico del hospital dijo que no debías de ninguna manera corretear de noche por el cementerio.

—Bueno, ¿y qué? —bufó Geiermeier—. ¿Me sirve eso de algo? ¿Acaso así los vampiros van a ser menos? ¡Ja! ¡Que se lo diga el médico a ellos!

—Piensa en tu corazón... ¡No debes esforzarte en exceso! —le conminó Schnuppermaul.

Pero Geiermeier ya no respondió. Anton levantó la cabeza. Vio cómo Geiermeier se encaminaba con decisión hacia la vieja capilla seguido por Schnuppermaul, que cojeaba. Anton respiró aliviado.

Pero por poco tiempo, pues entonces alguien le dio por detrás unos golpecitos en los hombros. Anton se volvió como si le hubiera pegado un calambrazo.

Te he echado de menos



Era... ¡Anna!

—Hola, Anton —dijo.

—¡Geiermeier está aquí! —respondió Anton, mirando preocupado hacia la capilla. Oyó una tos bronca. Inmediatamente después chirrió una cerradura y se abrió rechinando una puerta.

—¡Y ahora ha desaparecido dentro de la capilla! —dijo Anna con una risita.

—¿De... de dónde vienes? —preguntó Anton; aquello no era muy original, pero no se le ocurrió nada mejor.

—¿De dónde voy a venir? —dijo Anna suspirando—. Pero, ¿y tú? ¿Qué haces *tú* aquí? —preguntó después.

—¿Yo?

Anton vaciló. ¡Seguramente sería mejor no empezar inmediatamente por el verdadero motivo!

—Quería volver a verte —declaró.

—¿De veras? —dijo ella halagada.

—Sí, porque... ¡hacía ya tanto tiempo que no nos veíamos!...

—Sí, lo sé —dijo ella suavemente—, pero quería averiguar si tú te dabas cuenta.

—Si me daba cuenta ¿*de qué?*

—¡Si me echabas de menos... si no nos veíamos en una temporada!

—Te he echado de menos —aseguró Anton—. Te he estado esperando todas las noches.

Aquello era bastante exagerado... ¡pero seguro que era justo lo que quería oír Anna!

—Ay, Anton —susurró conmovida—. Si me dices esas cosas, lamento cada minuto que no he estado contigo...

Anton sintió cómo se le iba poniendo la cara colorada.

—Además venía a invitarte —dijo él pasando rápidamente a un tema menos comprometido.

—¿A invitarme?

—Sí, para Navidad. A mis padres les gustaría que celebraras la Navidad con nosotros.

—¿Es verdad eso? —exclamó ella.

—¡Sí! Y a Rüdiger ya se lo he dicho también.

—¿Cómo que a Rüdiger?! ¿Qué tiene que ver él con esto?

—Estáis invitados los dos. ¿No te lo ha contado?

—¡No! —contestó con tristeza—. Probablemente tenía previsto ir él solo.

—No lo creo —dijo Anton saliendo en defensa del pequeño vampiro—. Supongo que Rüdiger no habrá tenido hasta ahora ocasión de decírtelo.

—¿Qué no ha tenido ocasión? —dijo Anna agitando furiosa sus puños—. ¡Ahora mismo nos hemos quedado los últimos en la cripta! Ha tenido por lo menos un cuarto de hora para decírmelo.

—¿Los últimos? —repitió Anton—. Entonces..., ¿entonces Lumpi ya no está aquí?

—Es el primero que ha salido volando. A su estúpida Sociedad Filarmónica para Hombres.

—¡Seguro que a Rüdiger simplemente se le ha olvidado! —dijo Anton—. Por cierto, que hasta el sábado no me dará la confirmación.

Anna sonrió tiernamente.

—Una confirmación ya la tienes...: la mía. ¡Yo sí iré! Pero ahora debo irme volando —dijo ella luego con una voz completamente distinta y mirando inquieta a su alrededor.

—Podríamos irnos a otro sitio —opinó Anton, que supuso que ella tenía miedo del guardián del cementerio.

—No —dijo Anna sacudiendo la cabeza con gesto de lamento—. Es por..., es por... ¡Bueno, tú ya sabes!

Ella se interrumpió y soltó una risita... y entonces Anton le vio los colmillos, que ahora ya eran casi tan largos y tan puntiagudos como los de Rüdiger.

Le entraron escalofríos.

—Entiendo... —murmuró.

—¿Quieres que te lleve hasta tu casa? —preguntó ella.

—Me..., mejor no —dijo apresuradamente Anton—. Tengo mi bicicleta ahí fuera, junto al muro del cementerio.

—Hasta pronto, Anton.

Le dedicó aún una tierna sonrisa; luego se elevó por los aires y salió volando de allí.

En aquel momento oyó cómo la puerta de la capilla se abría con ún terrible chirrido.

Se encogió todo lo que pudo.

—¡Menudos vampiros! —oyó que decía Schnuppermaul—. ¡No sabía yo que los vampiros tuvieran cuatro patas y un hocico en punta!

—¡Bah! ¡Ya sé yo cómo son las ratas! —replicó rabioso Geiermeier.

—¡Y por esas dos ratas ahora resulta que mañana tenemos que poner en orden toda la capilla! —se quejó Schnuppermaul.

—¿Tenemos? —preguntó Geiermeier con una risa atronadora—. ¡Tú la tienes que poner en orden! Al fin y al cabo, tú eres el jardinero del cementerio.

—Pero has sido tú quien ha revuelto todos mis rastrillos y todas mis palas —se quejó Schnuppermaul.

—¡Sí! ¡Porque, maldita sea, mi deber es seguir la más mínima pista!... ¡Ay!

—¡Hans-Heinrich! —gritó aterrado Schnuppermaul—. ¿Es otra vez tu corazón?

—No —contestó con voz velada Geiermeier—. ¡Mi espalda! ¡Oh! ¡Ay! Creo que tengo que echarme.

—¡Ven! ¡Apóyate en mí! —exclamó Schnuppermaul.

—¿En ti? —respondió Geiermeier—. ¿Cómo me voy a apoyar en ti con lo que cojeas?

—Porque me duele la herida —se defendió Schnuppermaul—. Pero como no me has querido creer...

Anton estiró la cabeza. Vio a Geiermeier cogido del brazo de Schnuppermaul, que cojeaba lamentablemente. Parecían una pareja de una película cómica. Anton se mordió los labios para no reírse. Esperó con impaciencia hasta que los dos se metieron en el camino que llevaba hasta la casa de Geiermeier.

Entonces salió corriendo hacia la entrada del cementerio. El portón seguía sin estar cerrado. Se montó en su bicicleta y se marchó de allí.

Contagio

—¿Has visto a Lumpi? —preguntó la madre de Anton en cuanto éste puso el pie en casa.

—Lumpi ya no estaba —contestó—, pero he visto a Anna. Acepta la invitación.

—¿Y Rüdiger?

—El..., ejem, él aún no se ha decidido.

Su madre le miró extrañada.

—¡Eso no me parece a mí muy amable por parte de Rüdiger!

—Rüdiger no es amable nunca —dijo Anton—, pero me figuro que vendrá..., aunque no sea más que por Anna. Es que es bastante celoso, ¿sabes?

—¿Y cuándo van a venir?

—¿Cuándo?

—¡Sí, cuándo! ¿Qué día?

—Ah...

¡De aquello no había hablado para nada con Anna!

—En Nochebuena —dijo muy resuelto.

La madre de Anton no puso cara de mucho entusiasmo precisamente.

—Yo hubiera preferido el primer día de las Navidades, pero bueno... ¿Y sus padres entonces no celebran la Nochebuena?

—No, sólo la celebra Lumpi... con su pandilla.

Ella sacudió la cabeza con gesto de desaprobación.

—¡Qué gente más rara hay!

—¿Gente?...

Anton se rió para sus adentros.

—¿Y le has dicho a Anna que Lumpi tiene qué volver a llevarse el árbol de plástico sea como sea? —quiso saber su madre.

—No. Es que ella tenía mucha prisa.

—¿Y qué hacemos *nosotros* ahora con el árbol? —preguntó descontenta.

Anton se encogió de hombros.

—Ni idea.

—¡De cualquier modo, yo no quiero que tengas en tu habitación un árbol sobre el que están realizando pesquisas por toda la ciudad! —declaró ella.

Anton se rió irónicamente.

—Bueno, pues puedo tirarlo por la ventana. Así la policía creerá que lo ha robado la señora Puvogel.

—¡Qué idea tan extraordinaria! —observó sarcástica su madre—. ¡Sólo que la señora Puvogel sabría inmediatamente de dónde habría salido el árbol!

—No deberíais poneros nerviosos sin necesidad —tomó entonces la palabra el padre de Anton—. Me apuesto lo que queráis a que la gente del periódico ya tiene otros temas más emocionantes a los que dedicarse. ¡Un par de árboles de plástico que alguien ha cogido del tejado de unos grandes almacenes no es precisamente algo que conmocione al mundo!

—¡Ojalá sea verdad! —suspiró la madre de Anton.

Parecía que su padre tenía razón. Al día siguiente Anton ya no encontró en el periódico ni una palabra sobre el tema.

A su madre pareció quitársele un gran peso de encima.

—¿Qué te parece si nos vamos ahora mismo a la ciudad y compramos los regalos de Anna y de Rüdiger? —propuso ella durante la comida.

—Humm..., sí —dijo él.

—¡No parece muy entusiasmado que digamos!

—Es que no sé lo que ellos quieren...

—¡Eso no es ningún problema con la cantidad de cosas que hay hoy en día!

—¿Cantidad de cosas? —dijo escéptico Anton.

Y así era realmente: en el departamento de libros de los grandes almacenes a Anton le hicieron literalmente chiribitas los ojos cuando vio la cantidad de libros diferentes que allí había. Pero en seguida pudo comprobar que apenas había títulos que pudieran interesarle al pequeño vampiro.

—*Vacaciones con Jakob y Julia en la granja caballar* —leyó la madre de Anton sosteniendo en alto un mamotreto de libro—. ¿No estaría bien para Rüdiger?

—No —gruñó Anton.

—O este de aquí: *El siete amarillo y el escondite del cobertizo*.

—A Rüdiger no le gusta el amarillo.

—O este otro, que ha ganado incluso un premio... —dijo su madre sosteniendo un libro ilustrado.



—¡Ése sí que no! —se quejó Anton—. ¡Un libro como ése Rüdiger lo rompería en mil pedazos!

—¡¿Cómo?! ¿Rompe los libros? —preguntó perpleja la madre de Anton.

Anton asintió con la cabeza.

—Los libros aburridos, por ejemplo...

—Ya veo que estamos en el departamento equivocado —observó incisiva la madre de Anton.

—¡No, espera! —exclamó Anton, que acababa de encontrar un libro para Anna: *Las más bellas historias de amor de vampiros*.

—Historias de vampiros —dijo malhumorada su madre—. ¿También has contagiado ya a Anna?

Anton se aguantó la risa.

—¿De qué iba a haberla contagiado?

—¡De tu manía de los vampiros!

—Bah —dijo complacido Anton—. Con Anna ya no hacía ninguna falta.

Y, muy decidido, desfiló hacia la caja. Él le compraría el libro a Anna... ¡con el dinero de sus propinas!

Pasados algunos minutos su madre fue tras él.

—¡Toma! ¡Ya que tienen que ser historias de vampiros!...—dijo tendiéndole un grueso libro—. ¿Responde esto al gusto de Rüdiger?

—*Vampiros: dieciséis historias, negras como la pez, para noctámbulos* —leyó Anton—. ¡Esta sí que es una auténtica adquisición!

Su madre sonrió algo fastidiada.

—Si tú lo dices, Anton...

Pagaron los libros y luego subieron por las escaleras mecánicas al departamento de juguetes.

Asesor de regalos

—¿Tú qué opinas? ¿Qué les haría más ilusión a Anna y Rüdiger? —preguntó la madre de Anton señalando a su alrededor.

—Bueno... —contestó Anton, que no se sentía demasiado bien en su papel de asesor de regalos—. Un juego, quizá...

—Yo pensaba en un animal de peluche —declaró su madre dirigiéndose hacia un estante con muñecos de felpa—. ¡Mira qué perrito tan moro! O, ¿qué te parece el gatito?

—No, mejor no —dijo Anton—. En todo caso, un lobo. O un murciélago.

—¡O un vampiro, ya lo sé! —replicó indignada su madre—. ¡Pero esas cosas, como tú mismo ves, no se pueden comprar aquí!

—Aún no... —dijo Anton.

Su madre se había ido hacia los juegos.

—Con estos nombres no me aclaro yo mucho —dijo ella—. «La gran carrera de la caja de jabón», «Papá oso y sus amigos», «Apostamos con los dados», «El viaje al Polo Sur»...

—A Rüdiger y a Anna sólo les gustan los juegos emocionantes —replicó Anton.

—Bueno, pues a mí los más emocionantes me siguen pareciendo los buenos y viejos juegos reunidos —dijo su madre cogiendo del estante una gran caja de cartón de color azul claro—. Mira: las damas, las tres en raya, la oca, el parchís...

Anton sacudió la cabeza.

—El parchís ya lo tienen. ¡Sólo que ellos lo llaman de otra manera!

—¿Sí? ¿Cómo?

—¡El *vampirchís*!

Con un profundo suspiro la madre de Anton volvió a dejar los juegos reunidos en su sitio.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Quizá deberíamos separarnos.

¡Seguro que solo, sin las constantes preguntas de su madre, a Anton se le ocurrirían ideas muchos mejores para los regalos!

—Está bien —dijo ella—. ¡Dentro de una hora nos volvemos a reunir donde los discos!

—Antes, sin embargo, voy a volver al departamento de libros —anunció Anton—. ¡No puedo creerme que entre tantos libros no haya por lo menos un par de historias de vampiros como Dios manda!

Pero Anton sólo encontró libros con historias de fantasmas. Y estaba seguro de que a Rüdiger y a Anna no les interesarían demasiado *El fantasma acuático de Rockwool Castle* o *El espíritu con la cabeza debajo del brazo*.

De todas maneras, al ver las ilustraciones de los libros a Anton se le ocurrió una idea estupenda. Se fue al departamento de artículos para el hogar y estuvo escogiendo velas: rojas para Anna y negras para Rüdiger.

A continuación compró —para ambos— una caja de cerillas de tamaño familiar, un mechero rojo y una linterna negra.

Cuando le enseñó sus compras a su madre ella puso una cara bastante estupefacta.

—¡Vaya unos regalos más raros! —dijo.

—¿Raros? —repitió indignado Anton.

—Velas, un mechero, una linterna... ¡Esto parece la operación ardilla!

—¿La operación ardilla? —dijo sorprendido Anton.

—Sí, eso era lo que se decía antiguamente cuando se hacía acopio de provisiones... para tiempos de escasez.

—Pero hacer acopio de provisiones no es nada malo —opinó Anton.

—Y luego encima esas simples velas de casa —dijo despectiva su madre.

—Son las que más duran —repuso Anton.

Ella intentó reírse.

—¡Pues a mí mis regalos me parecen más..., más navideños!

Y una vez dicho aquello, ella enseñó orgullosa sus compras. Anton se quedó pálido. Ahora él se dio cuenta de que con su propuesta de comprar por separado había hecho una soberana tontería. El estuche de maquillaje, el lápiz de labios y la polvera para Anna aún tenían un pase. ¡Pero el espejo desmontable era una auténtica catástrofe!

Y a Rüdiger la madre de Anton le había comprado una cámara fotográfica. Precisamente una cámara fotográfica..., cuando los vampiros no tenían ninguna imagen y no salían nunca en las fotos...

—Era una oferta especial —dijo ella al darse cuenta de la cara de incredulidad de Anton.

—Yo... —dijo él buscando palabras—. Yo..., no creo que Rüdiger se alegre si le regalan una cámara fotográfica.

—¿Y por qué no?

—Es que... no sabe hacer fotografías.

Aquello, al menos, era en parte verdad.

—Bueno, pues así aprenderá —contestó ella riéndose—. ¡La fotografía es un *hobby* precioso!

—Es que Rüdiger no tiene tiempo para *hobbies* —repuso Anton—. Y eso de aprender lo odia.

Su madre suspiró.

—Si estás convencido de que no va a saber usar la cámara fotográfica, tendremos que cambiarla entonces.

—¿La cambiarías? —exclamó Anton.

—¡Claro! ¡Al fin y al cabo, lo que quiero es que Rüdiger esté contento!

—Deberías cambiar también el espejo —dijo rápidamente Anton.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, pues... —Anton carraspeó—. Porque en casa de Anna no les gustan los espejos.

—¿De veras? —dijo sorprendida la madre de Anton—. ¿Están en contra de los espejos por motivos ideológicos?

—¡Exactamente! —dijo Anton—. ¡Por motivos ideológicos!

Entonces su madre sonrió y dijo:

—¿Ves qué poco sé de tus amigos? Será mejor que me aconsejes. ¡Ven, Anton!

Anton la siguió con mucho gusto.

Cambiaron la cámara fotográfica por un walkman y seis pilas. Anton compró dos casetes con

su dinero.

Para Anna, en lugar del espejo, eligieron un libro con muy buena pinta que ponía en letras doradas *Prohibido leerlo*. Tenía un candado con una llavecita de plata y era un diario... o mejor dicho, tratándose de Anna un «nochario».

El vampiro ha de valerse por sí mismo

Anton llegó a casa agotado, pero muy satisfecho. Por primera vez pudo entender que su madre se quejara siempre de que los días anteriores a las Navidades eran los más agotadores y los más agitados de todo el año. Nada más cenar les dio las buenas noches a sus padres y se metió en su habitación. En cuanto cerró la puerta, sin embargo, volvió a ponerse en guardia, pues, fuera, ante la ventana, se perfilaban los contornos de una gran figura oscura. Tenía que ser un vampiro, un vampiro adulto...

Y aquel vampiro le estaba viendo *a él* perfectamente, pues Anton al entrar había encendido la luz. El vampiro entonces se puso a golpear impaciente el cristal.

Anton se acercó a la ventana lleno de miedo.

—¡Vamos, mueve tus cansados huesos! —oyó entonces que decía Lumpi con su voz estridente—. ¡Aquí arriba hace un aire de mil demonios!

—Sí, sí.

Con los dedos temblorosos, Anton descorrió el pestillo.

Lumpi entró de un salto en la habitación, acompañado también en esta ocasión por un olor acre que se mezclaba con el habitual «aroma» a podredumbre. Se plantó directamente delante de Anton y con una amabilidad nada natural dijo:

—¡Hola, Anton!

—Hola —murmuró Anton. Luego le preguntó con cautela—: ¿Quieres ver ahora mi casa?

—¿Tu casa? —dijo Lumpi con una risa que parecía un graznido—. ¡¿Cómo se te puede ocurrir *ese* disparate?!

—Tú mismo dijiste que tenías que ver una casa con adornos navideños...

—Bah —dijo Lumpi haciendo un ademán de rechazo—. ¡Eso ya está resuelto!

—¿Resuelto? —se sorprendió Anton.

—Te sorprende, ¿eh? Pero *nuestro* hogar ahora también tiene una decoración navideña —declaró orgulloso Lumpi. Y señalando el cuello de Anton añadió—: El vampiro ha de valerse por sí mismo..., es un viejo dicho familiar.

Con la mirada de Lumpi a Anton le entraron sudores y escalofríos a un tiempo. Dio un paso hacia su escritorio. Allí tenía su palo de hockey, por si las moscas...

—Si no has venido por las Navidades, ¿qué es lo que has venido a hacer aquí entonces? —preguntó angustiado.

Lumpi hizo castañetear sus afilados dientes.

—¿Qué qué es lo que he venido a hacer aquí? —Soltó una risita. Luego dijo casi con ternura—: Porque necesito algo de ti...

—¿Algo? —repitió Anton tanteando con la mano en busca del palo.

—¡Sí! ¡Algo que no te costará nada en absoluto, ji, ji, ji!

Lumpi se relamió muy lentamente con la punta de la lengua.

A Anton se le puso un nudo en la garganta.

—No..., no sé qué quieres decir —afirmó.

—¿De verdad que no? —dijo Lumpi—. Y yo que confiaba plenamente en que me lo dieras...

—Pues... ¡pues entonces no has tenido suerte! —replicó Anton lo más valiente y decididamente que pudo.

—Pero un poquito sí que me podías dar, ¿no? —dijo Lumpi penetrándole con la mirada.

—¡No! —gritó Anton—. ¡No!

Por fin encontró el palo. Lo agarró con la mano derecha. Como Lumpi se acercara tan sólo un centímetro más...

—Pero, ¿qué es lo que tiene ahí mi pequeño Anton?

De repente Lumpi se echó rápidamente hacia delante y tiró del brazo derecho de Anton hacia sí.



—¿Un palo? —dijo haciéndose el sorprendido—. ¿Qué es lo que pretendes con este palo tan gordo, Anton?

—Defenderme con él si tú... —dijo Anton con voz ahogada.

—Si yo, ¿qué?

—¡Si tú me... quieres morder!

—¿Morderte yo a ti? ¡¿Cómo se te puede ocurrir eso?!

—Porque *tú* has dicho que querías algo bueno de mí... ¡Algo que a mí no me costaría nada en absoluto! —exclamó.

—¡Pero Anton! Es que siempre estás pensando en lo mismo... —dijo Lumpi con una risa atronadora—. Yo me refería a tu consejo... ¡a tu consejo de amigo!

—¿Mi consejo? —repitió desconfiado Anton.

—¡Sí! —contestó Lumpi dejándose caer sobre la cama de Anton—. Tienes que darme un par de buenos consejos... ¡para regalos de Navidad!

Anton se quejó en voz baja:

—No, otra vez no.

—¡¿Cómo que otra vez?! —bramó Lumpi—. Te estoy pidiendo consejo por primerísima vez... ¡y además como amigo!

Sus últimas palabras fueron tan atronadoras que a Anton se le puso la carne de gallina.

—Pero si no quieres ser mi amigo, Anton Bohnsack... ¡Yo también puedo ser muy diferente!

Lumpi se levantó y se fue hacia Anton.

—No quería decir eso —repuso rápidamente Anton—. ¡Claro que quiero ser tu amigo!

—¡Pues entonces, venga, suelta tus consejos!

—¡Primero tengo que saber para quién van a ser los regalos!

—¿Para quién? Pues uno para Schnuppermaul y el otro para Geiermeier..., ¡tontito!

Anton volvió a dejar en su sitio el palo de hockey para ganar tiempo.

—¿Qué te parece para Schnuppermaul una loción de afeitar muy fuerte?... ¿Una loción de afeitar que podáis oler a muchos metros de distancia en el cementerio antes de que veáis a Schnuppermaul siquiera?

—¡Súper! —dijo elogioso Lumpi dándole a Anton en las costillas con la afiladísima uña de su dedo índice—. Me dejas realmente sorprendido... ¡Pero eso sólo es *un* regalo —le bufó a Anton en su tono de siempre después de una pausa—. ¡Vamos, piensa! ¡Necesito dos regalos!

Lo que ahora no es puede serlo en un futuro

Anton estuvo pensando.

—¿No sabes si Geiermeier fuma?

—¡Seguro que no! —contestó Lumpi.

—Lo que ahora no es puede serlo en un futuro —opinó Anton—. Deberías regalarle una pipa... y tabaco. Así fumará por las noches en el cementerio y estaréis siempre prevenidos cuando se acerque.

Lumpi hizo con los labios una mueca burlona.

—No eres tan estúpido como yo pensaba, ni mucho menos... Pero, ¿de dónde voy a sacar la pipa y el tabaco? —preguntó. De repente se le iluminó la cara—. *Tú lo comprarás* —dijo—. ¡Como amigo!

—¿Y si no me queda dinero? —replicó Anton.

—¿Si no te queda dinero? —dijo Lumpi con una risita—. Pues ya lo conseguirás de alguna manera. ¡El dinero está para cogerlo, ji, ji, ji!

—Sí..., igual que conseguiste los abetos, ¿no? —observó rabioso Anton—. ¿Sabes que la policía está ahora buscando al autor de los hechos?

Durante un instante Lumpi se quedó sin habla.

—¿La policía?

—¡Efectivamente! Y en el periódico venía un amplio informe. Con foto.

—¿Con foto? —repitió Lumpi, que ahora estaba absolutamente desconcertado—. ¿Una foto mía? Pero si eso es completamente imposible... Nosotros los vampiros no salimos en las fotografías...

—¡Tuya no! ¡Del tejado de los grandes almacenes! —puntualizó Anton.

—Ah. Bueno... —dijo Lumpi suspirando aliviado—. Bah, ¿y que hay que ver en el tejado de los grandes almacenes? —se burló, probablemente para ocultar su turbación.

—¡Pues precisamente de eso se trata! —dijo Anton—. En la foto sólo se ve el tejado vacío... ¡porque tú fuiste tan imprudente que robaste los abetos!

—Yo no diría imprudente —le contradijo Lumpi con una risita orgullosa—. Yo diría audaz, audaz y... ¡heroico!

—¿Heroico? Pronto vas a poder demostrar si eres un héroe o no —observó Anton.

—¿Qué..., qué quieres decir? —preguntó desconcertado Lumpi.

—Muy sencillo: ¡cuando os registren la cripta!

Lumpi abrió los ojos de par en par.

—¿Nuestra cripta? ¿Quién iba a registrarnos la cripta?

—Imagínate que descubren que no fueron escaladores de fachadas ni gente con un helicóptero, como suponía el artículo del periódico. ¡Entonces tendrán que figurarse que fueron vampiros! ¿Y dónde los buscarán? ¡En el cementerio, naturalmente!

—¡Anton! —exclamó Lumpi, y su voz sonó de pronto completamente alterada—. Me estás asustando... La policía en nuestro cementerio... ¡Por Drácula, tenemos que emigrar!

—Tampoco es para *tanto* —le tranquilizó Anton—. Hoy ya no venía nada de ello en el

periódico. Y mi padre dice que los reporteros ya tendrán otros temas más importantes.

—Los reporteros quizá sí, pero ¿y la policía qué? —repuso Lumpi.

—Bueno, pues... yo en tu lugar devolvería los abetos —declaró Anton.

—¿Devolverlos? ¿Y a quién le sirve que haga eso?

—¡A ti! ¡¿A quién va a ser?! ¡Si los árboles vuelven a estar en el tejado, la policía ya no tendrá ningún motivo para hacer nada!

—¡Sí, eso es! —exclamó Lumpi dándose una palmada en la frente como si aquella idea se le hubiera ocurrido *a él*—. No te desanimes nunca y pregúntale a Lumpi —anunció con fanfarronería. Y luego añadió:

—Pues entonces tendré que marcharme... Sí, y por desgracia, tendré que llevarme este magnífico ejemplar —dijo señalando el árbol de plástico de Anton.

—¡Realmente es una lástima! —contestó Anton, al que le costó mucho permanecer serio.

Lumpi agarró el árbol de plástico y se lo colocó debajo del brazo.

—Que no se te olvide hacerte con los regalos de Navidad —le advirtió a Anton, y con una carcajada como un graznido, añadió—: ¡Amigo mío!

Luego salió volando hacia el cielo nocturno.

Más allá de los muros del cementerio

Anton le siguió con la vista y se sintió doblemente aliviado. ¡Lumpi era de esa clase de «amigos» que es mejor verlos de lejos! ¡Y sin aquel horrososo árbol en la habitación de Anton se volvía a estar realmente a gusto!

Pero de repente se estremeció de espanto: aunque no echaba de menos aquel monstruo de árbol... la madre de Anton seguro que le preguntaría dónde lo había metido.

Rápidamente se sentó en su mesa y escribió un cartel: «¡Rigurosamente prohibida la entrada! ¡En esta habitación se están preparando regalos de Navidad!»

Lo de «regalos de Navidad» lo subrayó tres veces en rojo. Pegó el cartel por la parte de fuera de su puerta, se metió en la cama y abrió el libro por la primera de las «historias más negras que la pez». ¡Si quería leer las dieciséis historias antes de Nochebuena, tenía que ponerse a ello!

Más tarde oyó que sus padres venían por el pasillo. Se detuvieron ante la puerta de la habitación de Anton y, susurrando, hablaron entre ellos sobre el cartel. Tal como Anton esperaba, no abrieron la puerta, sino que solamente preguntaron en voz muy baja si ya estaba dormido. Y como Anton no respondió, se marcharon.

A la mañana siguiente Anton le pidió a su madre que le diera un «suplemento navideño» a sus propinas.

—Me hacen falta pinturas y papel de colores —dijo.

Visiblemente contenta, su madre le dio veinte marcos. Anton se puso a pensar. Si añadía los últimos diez marcos que le quedaban a él, debería tener bastante para los regalos de Schnuppermaul y de Geiermeier...

Cuando salió del colegio Anton se fue directamente al departamento de droguería de los grandes almacenes. Confiaba en poder probar allí sin que le molestaran todas las lociones de afeitar hasta encontrar la de olor más penetrante. Pero aún llevaba poco tiempo cuando apareció una dependienta bastante gorda y muy pintada y preguntó en tono severo:

—¿Puedo ayudarte en algo?

—¿Por qué? —preguntó Anton—. ¿Esto no es un autoservicio?

—No para los niños pequeños que no van a comprar nada —contestó ella muy poco amable.

Anton se empinó.

—Primero: yo ya no soy pequeño. Y segundo: estoy buscando una loción de afeitar.

—¿Una loción de afeitar? ¡Tendrás que volver dentro de cuatro años!

—¿Dentro de cuatro años? —dijo Anton con una risita burlona—. ¿Significa eso que todas estas cosas de aquí no las venden?

—¿Cómo se te ocurre pensar eso? —preguntó ella irritada.

—¡Pues porque usted ha dicho que tendré que volver dentro de cuatro años!

La vendedora se había puesto colorada por debajo de la gruesa capa de maquillaje.

—¡Golfo, desvergonzado! —bufó, y se dio media vuelta.

—Pero ya me he decidido —dijo Anton cogiendo del estante un frasco de tamaño mediano de

la marca «Vaso de Marzo»; era la loción que tenía el olor más penetrante de todas.

—Pues ésta es para hombres de mediana edad —observó sarcástica la vendedora.

—¡Pues precisamente por eso! —dijo Anton riéndose burlón.

En el departamento de artículos de fumador, afortunadamente, nadie le molestó. Las dos chicas jóvenes que había en la caja parecían muy entusiasmadas con su conversación y ni siquiera se dieron cuenta de que estaba allí.

Así que Anton pudo escoger con toda tranquilidad una pipa barata pero que, en su opinión, parecía cara y un tabaco que tenía un aroma a vainilla y que seguro que se olería hasta más allá de los muros del cementerio.

Por la noche Anton estuvo esperando impaciente a que apareciera Lumpi. Pero Lumpi no fue. Y tampoco los padres de Anton se dejaron ver, pues como padres «modernos» que eran respetaron el cartel de prohibición de su puerta. Ya al día siguiente, su madre, que estaba leyendo el *Panorama de Nordstadt*, exclamó de repente:

—¡Los abetos han vuelto a aparecer!

Anton sintió un cosquilleo en el estómago.

—¿De veras? —dijo él estirando la mano... con la esperanza de que ella le diera el periódico.

En lugar de eso ella empezó a leer en voz alta:

«14 de diciembre. ¡*El robo de los abetos... ahora aún más misterioso!* ¡Los árboles robados están otra vez en el tejado de los grandes almacenes! Heino Klemm (43 años), guardián de los grandes almacenes, descubrió los árboles de plástico ayer por la noche cuando hizo una última ronda con su perro.

»Tampoco en esta ocasión están nada claras las circunstancias que rodean los hechos. Ni se ha forzado la puerta de hierro, ni se han encontrado utensilios como escaleras u otros similares. ¡Dado que no hay ni la más mínima pista sobre los móviles de los autores de los hechos, sólo cabe confiar en que casos como éste no se repitan.»

La madre de Anton levantó la vista del periódico.

—¿Por qué no me has contado nada?

—¿Contarte? ¿El qué? —preguntó cauteloso Anton.

—Que Lumpi había tomado esa resolución —contestó ella.

—¿Resolución?

Anton estuvo a punto de atragantarse, pues hablar de tomar algo que sonaba a «sol» tratándose de un vampiro...

—¡Efectivamente! —dijo su madre—. No es sólo que Lumpi se haya dado cuenta de que había obrado mal... ¡sino que incluso ha devuelto los árboles! Y eso es lo más difícil de todo: ¡no sólo reconocer una falta, sino repararla!

Anton se mordió los labios y no dijo nada. En el caso de Lumpi, «reconocer» no era precisamente la palabra más apropiada... ¡Se trataba más bien de «rectificar» por miedo a las investigaciones de la policía!

—¿Y cuándo le has dado el árbol? —quiso saber entonces su madre.

Anton se pegó un buen susto.

—¿Cuándo? Ayer —dijo—. Cuando salisteis a dar una vuelta a la manzana.

Se acordó justo a tiempo del paseo nocturno de media hora que habían dado sus padres.

—¿Lumpi llamó a la puerta justo en ese momento? —preguntó incrédula.

—No —contestó Anton con una risita burlona—. Llamó a la ventana y yo le di el árbol.

—Claro, claro —dijo molesta su madre—. Y el que se lo crea será dichoso, ¿no?

Anton sacudió la cabeza.

—¡El que se lo crea será un vampiro! —dijo levantándose satisfecho—. Y ahora tengo que hacer los deberes.

Anton se detuvo ante la puerta de su habitación. Realmente ya no necesitaba el cartel... pero después de pensárselo un poco decidió dejarlo allí puesto. Y es que lo mismo aquella noche tenía... ¡visita!

Ahuyentapolillas

Pero las esperanzas de Anton no se vieron cumplidas. Y el viernes por la noche tampoco fue nadie. Por fin llegó el sábado y la noche para la que había anunciado su llegada el pequeño vampiro. En esta ocasión sus padres habían decidido ir al cine.

—¿Vais a ver una película de vampiros? —preguntó con descaro Anton cuando se estaban despidiendo.

Su padre se rió.

—Sí, podría decirse que sí.

—¿De veras? —exclamó sorprendido Anton.

—¡Por supuesto que no! —dejó bien claro la madre de Anton—. Vamos a ver una película política.

—No hay ninguna contradicción —observó el padre de Anton—. Ciertos políticos a su manera son bastante... ¡vampiros!

—¡Efectivamente! —dijo Anton—. ¡Y algunos de ellos son incluso mucho peores que los auténticos vampiros!

—¿Desde cuándo te interesas tú por la política? —preguntó incisiva la madre de Anton.

Anton se rió irónicamente.

—Desde que en el colegio hablamos de vampiros... digo, ¡de política!

Cuando Anton se quedó solo recorrió las cortinas y encendió la televisión.

«Me apuesto lo que sea a que hoy tampoco ponen una película de vampiros», pensó. Mientras Anton miraba a ver qué había en las distintas cadenas, llamaron.

—¡Rüdiger!

Anton se fue corriendo a la ventana.

Y efectivamente: allí fuera estaba el pequeño vampiro. Se introdujo en la habitación y señaló la televisión. En ese momento estaba canturreando un coro infantil: «Subamos al coche amarillo...»

—¡Brrr! ¡Amarillo! —bufó el pequeño vampiro—. Y malgastan su tiempo de programación con cosas como ésta...

—Esto es típico de los viernes por la noche —le explicó Anton.

Si hubiera podido, se habría tapado la nariz: a Rüdiger le envolvía un «aroma» a limpieza de tinte que era casi más cáustico todavía que el de Lumpi.

—Pero nosotros no deberíamos malgastar *nuestro* tiempo con tales disparates —dijo entonces el pequeño vampiro—. ¡Vamonos volando, Anton!

—Pero, ¿cómo? —repuso Anton—. ¡Yo no tengo capa!

Con una risita el pequeño vampiro sacó de debajo de su capa una segunda y se la entregó a Anton.

—Toma, te puedes quedar con ésta de momento.

—¿Es la de tío Theodor? —preguntó Anton.

—Sí —confirmó el pequeño vampiro—. Se ha pasado tres días metida en ahuyentapolillas.

—¿En ahuyentapolillas? —murmuró Anton.

¡Seguro que aquella peste se le iba a quedar pegada en el jersey y en los pantalones vaqueros!

—Por cierto, que el polvo lo ha mezclado Anna —le desveló el pequeño vampiro.

—¿Anna?

—Sí, no sé exactamente de qué está hecho. Pero lleva brotes de hediondo. Y mucho alcanfor, claro.

Anton se estremeció.

—No es precisamente un olor muy agradable.

—Es que tampoco tiene que serlo —replicó el pequeño vampiro—. Ya lo dice su nombre: ¡huye, polilla! Y no huyen voluntariamente, hay que ayudarlas un poco. ¿Qué pasa? —bufó después al ver que Anton aún no se había puesto la capa—. ¿Estás enfermo?

—No...

Anton se puso lentamente la capa. ¡Si no quería que el lunes todos sus amigos «huyeran» también, lo mejor que podría hacer sería meter su ropa en la lavadora a primerísima hora del día siguiente!

—¿Y *adonde nos vamos volando*? —preguntó.

—¿Adonde? —dijo el pequeño vampiro subiéndose de un salto al alféizar de la ventana—. ¡La noche es nuestra! —exclamó, y salió volando.

Anton se miró de pies a cabeza angustiado. ¡Esperaba no marearse con los efluvios que soltaba aquella tela negra!

Estiró los brazos y los movió un par de veces arriba y abajo. Con el corazón palpitante, sintió cómo sus piernas se levantaban del suelo.

¡La capa por lo menos seguía sirviendo para volar!

Anton movió los brazos con más fuerza y luego siguió al pequeño vampiro. Era una noche de diciembre relativamente suave... pero, a pesar de todo, tan fría que el vaho ondeaba delante de la boca de Anton como si fuera una bandera.

—¡Espérame! —le gritó al pequeño vampiro—. ¡Tengo que volver otra vez!

—¿Volver? ¿Por qué?

—Sólo quiero ponerme algo: unos guantes y un jersey más gordo.

—¡Anda que no estás mimado! —observó el pequeño vampiro.

—¡De eso nada! —le contradijo Anton.

—¡Mírame! —dijo el pequeño vampiro levantándose ligeramente la capa con una mano.

Anton reconoció los leotardos negros de lana y la corta casaca marrón con el cinturón.

—¡Nosotros llevamos en verano exactamente la misma ropa que en invierno —fanfarroneó el vampiro.

—Sí, por fuera sí —replicó Anton—. ¡Pero me apuesto lo que quieras a que debajo llevas por lo menos cinco leotardos de lana!

El pequeño vampiro se rió tímidamente.

—Tres —susurró. Y luego, con furia, exclamó—: ¡Y tú seguro que llevas puestos tus horribles calzoncillos largos de color blanco!

—¡No, de eso se trata precisamente! —dijo Anton—. ¡En casa no llevo puestas esas cosas!

—Está bien —opinó el pequeño vampiro—. Te esperaré en el campo de deportes.

Diez minutos después Anton repesó con su gordo jersey noruego, con sus pantalones de esquí forrados y con guantes de lana.

El pequeño vampiro le saludó con las siguientes palabras:

—Lástima que tuvieras tanta prisa...

—¿Lástima?

—Sí. Cuando te acababas de marchar me acordé de una antigua receta familiar. ¡Créeme: cuando uno la aplica ya no tiene nada de frío!



—¿Una receta familiar? —repitió Anton no presintiendo nada bueno.

El pequeño vampiro se rió burlón tapándose la boca con la mano.

—Debes dar impulso a tu circulación de la *sangre*... ¡Ese es el secreto, ji, ji, ji!

Anton hizo como si no hubiera entendido qué era lo que estaba insinuando el pequeño vampiro.

—Eso también lo dice nuestro profesor de gimnasia —dijo dándole la razón a Rüdiger—. En todas las clases nos dice: «Moveos, chicos, así os circulará bien la sangre».

El pequeño vampiro se rió irónicamente.

—*Nuestra* receta no tiene nada que ver con «moverse», sino más bien con... ¡quedarse quieto!

—¿Quedarse quieto? —se hizo el indignado Anton—. ¡Con estas temperaturas eso sería justo lo menos indicado! ¿O quieres que me quede hecho un témpano de hielo aquí, por los aires?

—¡No! —bufó el pequeño vampiro—. ¿Eres incapaz de entender una broma o qué?

—No —dijo Anton—. ¡Pero tratándose de mi circulación sanguínea no hay bromas que valgan!

—¡Egoísta! —gruñó el pequeño vampiro.

Movió los brazos con tanta fuerza que salió literalmente disparado de allí. Anton tuvo que hacer unos enormes esfuerzos para alcanzarle.

Delirio por las Navidades

—Sigues sin decirme adónde vamos —le recordó Anton al pequeño vampiro cuando por fin consiguió alcanzarle.

Reconoció debajo de ellos los muros del cementerio.

—¡Ja, pues lo mismo resulta que ya no tengo ninguna gana de hacer nada contigo! —contestó el vampiro.

—¿Y por qué no?

—Por qué no, por qué no... ¡Porque me has estropeado todo el espíritu navideño que tenía!
¡Por eso!

—¿Espíritu navideño? —se asombró Anton—. ¿Tan pronto?

—Sí, tan pronto —confirmó el pequeño vampiro—. ¡En casa de Geiermeier empiezan pronto!
—añadió en un tono acentuadamente misterioso.

—¿En casa de Geiermeier?

—Tú lo has dicho —contestó el pequeño vampiro con una risita—. Espera y ya verás su casa:
¡parece la de Papá Noel en persona!

—¿Vamos a ir a casa de Geiermeier? —preguntó angustiado Anton.

—¡Sí!

El pequeño vampiro hizo el rizó con elegancia sobre el muro del cementerio, que estaba pintado de blanco. Luego planeó y aterrizó lentamente en la parte trasera del jardín de Geiermeier.

Muy inquieto, Anton aterrizó a su lado.

—¡No me explico qué es lo que le ocurre a Geiermeier! —dijo el pequeño vampiro señalando la ventana del cuarto de estar, donde había luz—. El año pasado no celebró las Navidades para nada. Y esta vez en casa de Geiermeier hay un abeto tan alto y tan ancho como...

Buscó una comparación apropiada y finalmente dijo:

—¡Tan alto y tan ancho como un ataúd!

Anton también vio el abeto. Un hombre alto y rubio le estaba colocando adornos en ese momento: ¡Schnuppermaul!

—¿Y adonde está Geiermeier? —preguntó susurrando Anton.

—Supongo yo que estará con el horno, haciendo pastelillos de Navidad —bromeó el vampiro.

—Pues a mí no me parece tan gracioso —observó Anton.



—¡Claro, porque tú eres un aguafiestas! —contestó el pequeño vampiro.

—O porque yo soy el único que todavía tiene las ideas claras —replicó indignado Anton—.

¡Parece que todos vosotros sentís delirio por las Navidades!

El vampiro volvió a soltar una risita.

—¡Efectivamente! ¡Tía Dorothee se quedó muy decepcionada cuando Lumpi se tuvo que llevar aquellos abetos tan bonitos.

—¿Ella se quedó decepcionada?

—¡Sí! Dice que los árboles le recordaban su patria, Transilvania. ¿Sabes lo que significa «Transilvania»?

—Ni idea.

—Significa «detrás de los bosques»... Pero bueno, Lumpi nos va a conseguir otros abetos —anunció.

—¡Oh, no! —se lamentó Anton.

—¡No nos dejas tener ni el más mínimo capricho, ¿no? —bufó el pequeño vampiro.

—¡Por lo menos abetos robados no! —repuso Anton.

El vampiro resopló despectivo.

—Bueno, ¿y qué? ¿Nos queda otro remedio acaso? Primero: no tenemos dinero, y segundo: cuando nosotros salimos ya hace mucho tiempo que han cerrado las tiendas. ¿O acaso nos comprarías tú diez abetos con *tu* dinero? —preguntó bruscamente.

—Quizá sí..., si me quedara dinero —dijo Anton—. Los últimos marcos que tenía me los he gastado en los regalos de Geiermeier y de Schnuppermaul.

—¡¿Cómo?! —dijo el pequeño vampiro mirando perplejo a Anton—. ¿También tú estás invitado a celebrar la Navidad en Casa de Geiermeier?

—No, pero he tenido que comprar los regalos que les va a hacer Lumpi.

—¡Muy agudo! —exclamó Rüdiger asintiendo admirado—. ¿Y cómo ha conseguido convencerte Lumpi con lo tacaño que tú eres?

—¿Tacaño? —repitió ofendido Anton—. ¡*Tú* no tienes ningún motivo para llamarme *a mí* tacaño!

—¿De verdad que no? —preguntó el pequeño vampiro con una risa burlona—. ¿Y si en vez de decir solamente que eres un tacaño digo que eres un tacaño *con tu cuello*?... En ese sentido tú hasta ahora no has sido muy desprendido que digamos... Pero, bueno, dejémoslo —dijo a continuación—. Mejor cuéntame cómo ha conseguido convencerte Lumpi.

Al oír lo del cuello, Anton se había apartado un paso.

—¿Qué cómo ha conseguido convencerme? Lumpi afirmó de pronto que éramos amigos.

—Sí, sí, Lumpi tiene amigos por todas partes —observó divertido el pequeño vampiro, y señaló la ventana iluminada.

En ese momento Geiermeier, el guardián del cementerio, estaba entrando en el cuarto de estar. Le dijo algo a Schnuppermaul y, después, los dos salieron de la habitación.

—Ven, vamos a mirar el abeto desde más cerca —susurró el pequeño vampiro.

¡Vampiros! ¡Vampiros!

Se fueron andando de puntillas hasta la terraza. Desgraciadamente el jardín de Geiermeier era uno de esos jardines «muy cuidados» cuyo césped parece que lo han segado con un cortaúñas. No había en él ni un solo arbusto ni un matorral, y en la terraza lo único que había para ocultarse era un gran macetero cubierto de ramas de abeto.

Anton y el pequeño vampiro se acurrucaron detrás del macetero y espionaron desde allí la habitación. Lo primero que le llamó la atención a Anton no fue el abeto..., que no parecía tener nada extraordinario. Fue una colección de extrañas maderas que había en la pared. Anton aguzó la vista y entonces, con un estremecimiento, se dio cuenta de qué clase de maderas se trataba: ¡eran estacas! Estacas viejas y nuevas, unas artísticamente talladas, otras muy simples...



Y aquellas estacas no tenían más que una finalidad: aniquilar vampiros...
—¡Rü-Rüdiger! —balbuceó dándole un golpe en el costado al pequeño vampiro.
Sin embargo, el pequeño vampiro se quedó mirando embelesado el adornado abeto.

—Mira qué figuras... —dijo el pequeño vampiro suspirando profundamente—. Esas de ahí, la de los largos rizos plateados... ¡Igual que mi Olga!

—Sería mejor que te preocuparas por lo que hay en la pared —le dijo Anton como advertencia.

—¡Bah, preocúpate *tú* de la pared si quieres! —bufó el pequeño vampiro.

Y luego preguntó apasionadamente:

—¿Crees tú que Geiermeier me daría una de esas preciosas figuras?

—¡Más bien te daría una de sus estacas de madera!

El pequeño vampiro lanzó un grito furioso.

—¿Es que siempre tienes que estropearme todo lo mejor? —exclamó—. ¿No puedo yo olvidarme ni cinco minutos de que soy un vampiro?

—Es que eso podría ser muy peligroso —repuso Anton—. ¡Sobre todo porque allí en la pared hay colgadas unas treinta estacas de madera!

—Oh, Drácula, no...

Al parecer ahora también el pequeño vampiro había visto las estacas. Se levantó muy despacio y avanzó un paso hacia la ventana.

—¿Qué vas a hacer? —exclamó Anton..., y entonces se abrió la puerta del cuarto de estar y entró Schnuppermaul. Llevaba una bandeja repleta.

Anton consiguió agarrar de la capa justo a tiempo al pequeño vampiro y tirar de él otra vez para que se ocultara tras el macetero. Entre tanto, Schnuppermaul había llevado la bandeja hasta una mesa cerca de la ventana. Puso en la mesa dos tazas, una tetera y un plato con bocadillos. Cuando terminó sirvió en las tazas un líquido rojo.

—Eso rojo... ¿qué es? —preguntó con voz ronca el pequeño vampiro.

—¡Hans-Heinrich, ¿vienes? —gritó Schnuppermaul—. ¡Ya lo he servido!

—Seguro que no es más que té —susurró Anton—. Té de níspero silvestre.

—¡Puf, té, qué asco! —protestó el pequeño vampiro—. ¡Jamás!

Apareció entonces Geiermeier. Miró un momento hacia la ventana, pero como en la habitación había mucha luz, no advirtió la presencia de los dos espías en su terraza.

Anton inspiró profundamente... y, aterrado, empezó a sentir un picor en la nariz. ¡Y entonces, sin poder evitarlo, Anton estornudó! El ruido que hizo le pareció estruendoso, pero, ¡gracias a Drácula!, parecía que los dos guardianes del cementerio, que estaban dentro, sentados a la mesa, no lo habían oído.

—¿Te has vuelto loco? —bufó el pequeño vampiro.

—No, me he acatarrado —dijo apocado Anton—. ¿Tienes un pañuelo?

—¡Sí, toma! —dijo sombrío el pequeño vampiro tendiéndole a Anton un pañuelo que no parecía estar demasiado limpio. Pero en aquel momento no era como para fijarse en eso, pues Anton volvió a sentir aquel terrible picor en la nariz.

—Yo... —empezó a decir..., y entonces no pudo evitar un segundo estornudo. ¡Y en esta ocasión Geiermeier y Schnuppermaul lo habían oído, pues volvieron la cabeza!

Geiermeier gritó «¡Vampiros!»! y se levantó de la mesa de un salto. La vajilla se estrelló contra el suelo.

Schnuppermaul puso el grito en el cielo:

—¡Oh, no, la alfombra! ¡Con lo bonita que es!

Se abrió de golpe la puerta de la terraza...

Pero para entonces Anton y el pequeño vampiro ya estaban por los aires, muchos metros por encima del suelo..., a salvo de Geiermeier, que corría de un lado para otro por la terraza como si le hubiera picado una avispa, gritando «¡vampiros!»! ¡«vampiros!»!

—Anda si no me tuvieras a mí... —le dijo el pequeño vampiro a Anton.

—No..., no me he enterado de nada —murmuró Anton.

—¡Ah, tú y tus estúpidos estornudos!... ¡Tú te hubieras quedado allí abajo más parado que una columna de sal! O mejor dicho: ¡que una columna acatarrada! ¡Si yo no te hubiera, agarrado de la capa y tirado de ti, ahora estarías en las garras de Geiermeier!

—Pues yo no me he enterado de nada...

—¡Efectivamente! ¡Venga, vamos!

—¿Adonde?

Anton volvió a sentir aquel picor, pero esta vez pudo reprimir el estornudo.

—En seguida lo verás —contestó bruscamente el vampiro.

Ante ellos tenían ahora la torre de la iglesia. Detrás divisó Anton las primeras casas de la urbanización en la que él vivía.

—¿No íbamos a hacer algo más? —preguntó—. Tú mismo has dicho que la noche era nuestra.

—Pero los enfermos tienen que estar en la cama —replicó malhumorado el pequeño vampiro.

—¡Pero si no estoy enfermo! ¡A lo sumo me habré acatarrado un poco! —le contradijo Anton.

El pequeño vampiro sin embargo, se mantuvo en sus trece. Cuando llegaron a la casa de Anton le deseó que se mejorara y se dispuso a irse volando.

—¡Alto! —gritó Anton—. ¡No me has dicho si vas a venir a mi casa en Nochebuena!

—¡Pues claro que voy a venir! —contestó el vampiro—. ¿O acaso te crees que voy a ser el único que se vaya de vacío estas Navidades? —dijo riéndose con estridencia; luego se marchó revoloteando.

La gripe transilvana

A la mañana siguiente Anton se dio cuenta de que lo que había cogido era más que un pequeño catarro: le ardía la frente y sentía un fuerte dolor de cabeza.

Y también le costaba mucho tragar. De los apetitosos panecillos que su padre había hecho en el horno sólo se comió medio y el cacao ni lo probó.

—¿Estás enfermo, Anton? —preguntó su madre con voz de preocupación.

—Hum..., no sé —contestó.

Por si fuera poco, de repente empezó a tiritar a pesar de que llevaba puesto un albornoz muy grueso.

—¿Tienes fiebre? —le preguntó ella.

—Puede...

Anton se sentía ahora tan débil y tan caído que no le importó que su padre le metiera otra vez en la cama y que su madre apareciera después con el termómetro. Incluso le dio exactamente igual que su madre se quedara sentada en el borde de su cama mientras tenía puesto el termómetro.

—¡Treinta y nueve! —exclamó ella asustada tras tomarle la temperatura a Anton—. Y eso por la mañana temprano... ¡Tendremos que avisar a la doctora Dösig!

Una hora más tarde llegó la doctora Dösig, la médico de cabecera. Su diagnóstico fue «gripe». Dijo que Anton debía quedarse en la cama un par de días, tomarse obediente el jarabe que le prescribía y guardar reposo...

—Seguro que para Nochebuena ya te habrás puesto bien —le prometió.

—¡Ojalá! —dijo Anton con voz débil.

—¡Pues claro que sí! —dijo ella sonriendo para animarle—. Pensar en los regalos de Navidad te ayudará a recuperarte en seguida. ¡Ya lo verás!

Y en eso no le faltaba razón: ¡Anton seguía sin tener terminados los regalos para sus padres y no se podía permitir el lujo de seguir enfermo en cama y sin hacer nada durante mucho tiempo!

Pero de momento lo que quería era dormir profundamente y descansar, Y por eso, cuando su madre preguntó que cómo era posible que hubiera cogido una gripe tan fuerte de la noche a la mañana, dijo:

—¿No lo has oído? ¡Me han dicho que tengo que descansar!

Y entonces se dio la vuelta hacia la pared.

Anton se quedó el lunes entero en la cama. El martes ya no tenía fiebre y el miércoles la doctora Dösig le dejó que se levantara un par de horas.

Entre tanto, era ya 20 de diciembre.

Poco a poco Anton estaba empezando a preocuparse por la celebración de la Nochebuena con Anna y con Rüdiger, pues en las noches pasadas ninguno de los dos había llamado a su ventana. Y tampoco Lumpi había ido a recoger los regalos...

¿Sería que con el jarabe de la doctora Dösig Anton había dormido tan profundamente que no les había oído llamar?

¡No, eso no era posible, pues alguien como Lumpi aporrearía el cristal hasta que le abrieran! Y Anna y Rüdiger tampoco se quedaban cortos a la hora de despertar a Anton. ¿Acaso estarían los

vampiros tan ocupados con sus propios preparativos de Navidad que no habían podido dedicarse a otra cosa? En la terraza de Geiermeier ya Anton había expresado sus sospechas de que todos los vampiros debían de haber caído en una especie de «delirio navideño»...

¡Lo que sí estaba claro era que si Anton no hubiera cogido aquella maldita gripe habría ido al cementerio para intentar encontrar a Rüdiger y a Anna! Sin embargo, dada la situación, Anton lo único que podía hacer era esperar.

Cuando el jueves por la noche, poco después de las nueve, llamaron a su ventana, Anton sintió un verdadero alivio.

Abrió la ventana rápidamente... y vio la pálida cara del pequeño vampiro.

—¡Por fin! —dijo.

El pequeño vampiro se rió irónicamente.

—No todo el mundo nos saluda con tanta efusividad —dijo colándose en la habitación.

—Por cierto, que tenías razón —dijo Anton.

—Como siempre —contestó presuntuoso el pequeño vampiro.

—No, como siempre no —replicó Anton—. Pero esta vez tenías razón: los enfermos deben guardar cama. He estado enfermo hasta ahora.

—Sí, tienes un aspecto bastante exangüe —observó el vampiro—. Además —le corrigió—, yo no dije que los enfermos deben guardar cama. Yo dije que los enfermos tienen que estar en la cama.

Anton se lamentó en voz baja.

—¡¿Qué más da?! —

—No, no da igual —replicó el vampiro—. Lo más importante son siempre las pequeñas diferencias.

—¿Las pequeñas diferencias? —repitió burlón Anton.

—¡Sí señor! —gritó el vampiro—. Pero al parecer tienes una memoria como una redecilla para el pelo..., sólo que con más agujeros todavía.

Se acercó a él y examinó la bufanda de lana que Anton llevaba puesta alrededor del cuello.

—Quizá sea que... te alimentas mal —le dijo soltando una carcajada.

—Mejor será que te quedes donde estás —le advirtió Anton—. ¡Como te contagie, no podrás celebrar la Navidad con nosotros!

—¿Cómo que como me contagies?, —preguntó perplejo el pequeño vampiro—. ¿Desde cuándo es contagioso un cuello torcido?

—Yo no tengo el cuello torcido —le aclaró Anton—. ¡Yo lo que tengo es la garganta irritada!



—¿La garganta irritada? —dijo sorprendido Rüdiger—. ¿Con fiebre y... uf... dolores y eso?

—Exactamente —confirmó Anton. Y para vengarse del comentario de la redcilla para el pelo añadió con grandilocuencia—: ¡Tengo la gripe transilvana!

Más le hubiera valido no haberlo dicho, porque el pequeño vampiro pegó un chillido y retrocedió hasta la ventana.

—¿Tienes la gripe trasilvana?

—Sí, ¿por qué? —dijo Anton... sorprendido por aquella violenta reacción del vampiro.

—Porque es la gripe más terrible que existe —gimió el pequeño vampiro—. ¿Y sabes qué es lo más terrible de todo?

Se había subido de un salto al alféizar de la ventana y se tapaba la boca y la nariz con una punta de su capa.

—No —contestó angustiado Anton.

—¡Es la única enfermedad del mundo para la que no tenemos anticuerpos! —exclamó el pequeño vampiro.

—Pero... —empezó a decir Anton, pero el vampiro ya se había marchado de allí volando.

Anton fue corriendo hacia la ventana.

—¡Que me he confundido! —gritó—. ¡No es la gripe transilvana! ¡Lo que tengo es la gripe transiberiana!

Besos de Navidad

Pero nada sucedió. Anton se quedó rígido en la ventana, tiritando y con la vista perdida en la noche. Se sentía miserablemente mal, pero no por su enfermedad, sino porque se arrepentía de aquella «broma» de mal gusto que tal pánico había producido en Rüdiger.

—¿Estás enfermo? —preguntó entonces una voz clara.

Sin hacer ruido, una pequeña figura oscura se acercó volando y aterrizó en el alféizar de la ventana.

¡Era Anna!

—¡Pues entonces deberías cerrar la ventana inmediatamente! —opinó ella.

—Hummm..., sí —contestó Anton tosiendo cortado.

Ella entró de un brinco en la habitación y Anton cerró la ventana.

—¿Es muy grave tu gripe siberiana? —preguntó Anna mirándole con los ojos muy abiertos.

Anton se dio cuenta de que su capa desprendía un agradable aroma de rosas: ¡el olor de «Muñí Amor Eterno»!

—Bueno, lo que ocurre es que... —empezó a decir—. En realidad lo que tengo es una gripe normal y corriente. Pero es que Rüdiger me había dicho que yo tenía una memoria con más agujeros que una redecilla para el pelo... y, naturalmente, yo no podía consentir que quedara así la cosa. Así que le dije que yo tenía la gripe transilvana.

—¿La gripe *transilvana*? —exclamó Anna visiblemente conmovida—. Pero si por la ventana estabas gritando algo de la gripe siberiana...

—¡Sí, porque quería que Rüdiger volviera!

—Tenía que ser precisamente la gripe transilvana... —dijo Anna poniendo cara de preocupación—. Docenas de vampiros han sido víctimas de esa gripe... ¡Y Rüdiger a punto estuvo de serlo también!

—¿¿Cómo? ¡Rüdiger también?!

—Estuvo trece noches enteras debatiéndose entre la vida y la muerte —aclaró Anna.

Anton carraspeó.

—Pero, ¿él no hace ya mucho tiempo que está... muerto?

Anna entonces sonrió avergonzada.

—Sí... Pero a pesar de eso, podemos ponernos enfermos. ¡Y para nosotros es muchísimo más desagradable que para vosotros, los seres humanos! Nosotros tenemos que yacer en duros ataúdes, en criptas húmedas y sin calefacción..., y tampoco podemos ir al médico. ¡Y además —añadió—, la gripe transilvana nos afecta al ánimo! —¿Al ánimo?

—¡Sí! Nos hace perder todas nuestras ganas de..., ejem, de vivir. ¡Algunos se deprimen tanto... que se ponen al sol! —dijo ella sorbiendo por la nariz.

—¿En serio? —murmuró Anton.

¡Si lo hubiera sabido antes!...

—Tie..., tienes que hablar con Rüdiger como sea —le rogó él—. Tienes que decirle que no fue más que una estúpida broma mía... ¡y que de verdad que lo siento!

—Espero que me crea —contestó Anna—. Bueno, ¿y qué pasa con tu gripe?

—Ya me encuentro mucho mejor —dijo Anton—. ¡Afortunadamente! Si no, mis padres seguro que hubieran aplazado la celebración para otro día.

—¿Aplazarla?

—Sí, para el primer día o el segundo después de Navidad. ¡Pero todo sigue como en un principio!

—¡Y entre nosotros también sigue todo como en un principio! —dijo Anna mirándole fijamente.

Anton notó que se estaba poniendo colorado.

—Tenemos que hablar de cómo vamos a hacerlo todo —dijo rápidamente para desviar la atención hacia otro tema.

—¿Qué es «todo»? —preguntó Anna, que seguía mirándole fijamente a los ojos.

Anton, cortado, bajó la mirada.

—¡Pues de todos los detalles sobre nuestra celebración de Navidad!

—Ah, era eso... —dijo Anna con una risita—. Si me sentaré a tu izquierda o a tu derecha..., ¿si primero me das tú *a mí* el beso de Navidad o te lo doy yo *a ti*!...

Anton no dejó que se le notara su inquietud.

—¿Besos de Navidad? —dijo como sin darle importancia—. ¡Nunca había oído hablar de nada parecido!

—¿No? —dijo Anna haciendo un mohín—. ¿Y entonces qué es lo que se hace toda la noche de Nochebuena?

—¡Pues de eso era precisamente de lo que quería que habláramos! —declaró Anton—. Pues bien: los chicos tenemos que esperar fuera, en la cocina o en nuestro cuarto. Mientras tanto, los padres adornan el abeto y colocan los regalos. En cuanto han terminado hacen sonar la campanilla de Navidad..., por lo menos en nuestra casa ¿Y luego vienen las sorpresas!

—¿Qué clase de sorpresas?

—Entonces es cuando se reparten los regalos.

—Nosotros empleamos la palabra de otra manera —observó Anna—. Mi abuela, Sabine la Horrible, siempre dice «¡menuda sorpresa!» o «¡maldita la gracia!» cuando ha ocurrido alguna desdicha.

—¡Sí, yo también me conozco ese tipo de «sorpresas»! —estuvo de acuerdo con ella Anton—. Cuando, por ejemplo, le dan a uno un vale para unas «vacaciones activas» —añadió recordando furioso las Navidades pasadas.

Anna soltó una risita y dijo: —¿Por qué? ¡Si estuvo muy bien que *tú y yo* «estuviéramos activos» en el Valle de la Amargura!...

—Sí, y después de las sorpresas viene la cena de Nochebuena —dijo imperturbable Anton.

Una sombra se deslizó por el rostro de Anna.

—¿Y en qué consiste esa... cena de Nochebuena?

—En «Pato a la Bohnsack»..., como todos los años.

—Hummm..., me parece que Rüdiger y yo tendremos que venir después de la cena —opinó Anna.

—No, eso sería demasiado tarde —repuso Anton—. Tenéis que estar como sea cuando se

repartan los regalos. ¡Si no mis padres se llevarán una desilusión!

—¿Sólo tus padres? —preguntó Anna.

—Por supuesto, yo también —aseguró rápidamente—. ¡Aunque sólo sea por vuestros regalos! —añadió.

—Nuestros... —dijo Anna apretando los puños—. ¡¿Por qué tendrá una hermanos?!...

Anton pegó un respingo.

—¿Qué pasa, que Lumpi también viene?

—¡No! ¡Él lo celebrará con Geiermeier y con Schnuppermaul! —le tranquilizó Anna. Y después de una pausa le preguntó—: ¿Y qué sucede una vez que habéis cenado?

—Entonces jugamos a algo.

—¿Juegos? —dijo ahora Anna con un brillo en los ojos—. ¿Al pío, pío, que yo no he sido, por ejemplo?

—No: juegos de tablas.

—¿Juegos de tablas? —dijo reflexionando Anna—. ¿Ah, claro! Saltar sobre las tablas del ataúd y a ver quién clava más clavos en una dura tabla de ataúd.

—No, por desgracia tablas de ataúd no tenemos —tuvo que decepcionarla Anton—. Sólo tenemos juegos de tablas: el parchís, la oca, las tres en raya, las damas...

Anna soltó una risita y dijo:

—Bueno, si le cambiamos un poco el nombre al parchís, estaré encantada de jugar con vosotros. —Luego miró hacia la ventana—. Ahora me tengo que ir, Anton —dijo—. Tía Dorothee me está esperando.

Anton se asustó.

—¿Tía Dorothee? No será aquí fuera, delante de mi ventana, ¿no?

—No, en la cripta. Lumpi nos ha traído otros abetos y yo tengo que ayudar a tía Dorothee a colocarlos.

—¿Otros abetos? —preguntó Anton temiéndose lo peor—. ¿No sabrás, por casualidad, de dónde los ha sacado?

—Ni idea —contestó ella con indiferencia—. Pero son mucho más bonitos que los de antes.

«¡Ay, ay, ay!», pensó Anton. «Espero que Lumpi no haya robado los abetos que hay delante del Ayuntamiento». ¡Y es que aquellos abetos, como siempre, eran los más bonitos, lo más grandes, y los más caros de toda la ciudad! Y si así fuera, seguro que se organizaba un enorme revuelo en la prensa...

—¿Tenemos que quedar en algo más? —preguntó Anna.

Anton reflexionó.

—No, creo que no.

—Pues entonces hasta pasado mañana —dijo ella—. Y ya te puedes preparar —añadió misteriosamente.

—¿A qué? —preguntó angustiado Anton... ¡y es que aquello sonaba muy amenazador!

—¡A recibir a dos amigos muy poco comunes!

Anna soltó una carcajada, pero rápidamente se tapó la boca con la mano..., presumiblemente para que Anton no viera sus dientes de vampiro.

—Buenas noches —dijo ella luego con suavidad.

Se dirigió hacia la ventana, la abrió y se marchó volando.

Esperando a Vampiro Noel

Al día siguiente, durante la comida, Anton abrió con sentimientos encontrados el *Panorama de Nordstadt*, pero no encontró ni el más mínimo indicio de que en algún sitio hubieran echado de menos ningún abeto.

Respiró aliviado. ¡Al parecer, Lumpi había aprendido algo del asunto de los abetos de los grandes almacenes!

—Me asombra que estés tan tranquilo como para ponerte a leer el periódico —observó la madre de Anton.

—¿Por qué? —repuso él.

—Bueno, pues..., quedando sólo dos días para Navidad... Creo que estoy yo más nerviosa que tú —dijo ella sonriendo—. ¡Pero también es que celebrar la Nochebuena con dos extraños es una situación un poco rara!

—¿Dos extraños? —exclamó indignado Anton—. ¡Anna y Rüdiger son mis mejores amigos!

—A pesar de eso, nosotros apenas les conocemos —contestó su madre—. Y tú tampoco nos has ayudado mucho que digamos a papá y a mí —añadió en tono de reproche.

—¿Y en qué os tenía que haber ayudado?

—Pues... cuando te hemos preguntado qué es lo que preferirían comer y beber Anna y Rüdiger... ¡En lugar de darnos un par de consejos has vuelto a hacer el payaso!

—¿Yo? ¿El payaso?

—¡Sí señor! De todas formas, *no* he ido a la farmacia a por sangre en conserva como tú propusiste con tu «peculiar» sentido del humor —dijo ella suspirando—. Anna y Rüdiger se tendrán que conformar con lo que papá y yo hemos comprado.

Se sirvió más café y luego dijo:

—¡Te tengo que pedir un favor, Anton!

—¿Cuál?

—¡Que por Nochebuena no hablemos de vampiros!

Anton se mordió la lengua.

—Por mí... —dijo.

—¿Estás de acuerdo? —preguntó ella mirándole sorprendida.

—¡Sí!

—¿De verdad que en Nochebuena no hablaremos de vampiros? —se aseguró una vez más la madre de Anton.

—¡De verdad que no! —dijo con resignación Anton.

¿Por qué iban a hablar *de* vampiros... si iban a hablar *con* vampiros?...

A Anton el resto del día y el día siguiente se le pasaron volando..., terminando sus regalos, poniendo su habitación en orden y echando una mano en la cocina.

¡Y llegó el 24 de diciembre!

Cuando Anton por la mañana miró por la ventana, en lugar de la nieve esperada —había confiado hasta el último momento en que nevara— vio que llovía y que finos riachuelos se deslizaban por su ventana abajo.

—Pobres automovilistas —dijo su madre durante el desayuno.

—¿Por qué? —preguntó Anton.

—Han dicho por la radio que las carreteras están heladas —informó el padre de Anton.

—A nosotros eso nos da igual —opinó Anton.

—No nos da tan igual —repuso su madre—. Después de todo, vamos a tener invitados. Y seguro que a Anna y a Rüdiger les traen en coche, ¿no? —dijo mirando interrogativa a Anton.

—¿En coche?

Ahora hubiera podido responder que ellos, como todos los vampiros, vendrían volando. Pero acordándose de lo que había prometido dijo solamente:

—No, vendrán andando.

—¡Espero que no se escurran! Han echado sal en las aceras, pero...

La madre de Anton no dijo más.

—Seguro que no se escurren —afirmó Anton.

Sin embargo, cuando empezó a oscurecer y Anna y Rüdiger seguían sin venir, la madre de Anton se puso nerviosa.

—Si por lo menos pudiéramos llamar por teléfono a sus padres... —dijo ella.

—¿Y de qué iba a servir eso? —preguntó Anton.

—Así por lo menos sabríamos cuándo han salido Anna y Rüdiger.

—A lo mejor ni siquiera han salido todavía —repuso Anton—. Quizá todavía están en...

Iba a decir «en el ataúd», pero en el último momento se dio cuenta de lo que estaba a punto de escapársele.

—... la bañera con agua caliente —completó astutamente la frase.

—¿Ahora? —preguntó su madre mirándole perpleja—. ¡Ningún ser humano se mete en la bañera en Nochebuena!

Anton se rió irónicamente. Su madre hasta tenía razón en un doble sentido: ningún ser humano ni ningún... vampiro. ¡Un vampiro no se metería en una bañera nunca!

—¿Por qué no vemos un rato la televisión? —propuso el padre de Anton—. Así no se nos hará tan larga la espera.

—Viendo la televisión se nos hará todavía más larga —repuso Anton—. Si tú supieras los programas de Navidad que ponen...

—¿Por qué? —dijo el padre cogiendo la revista de la programación de televisión—. «Esperando a Papá Noel»..., eso no suena nada mal, ¿no?

—Nada mal... —gruñó Anton.

—¡Claro que en la televisión no están preparados para tus gustos tan extraños!

—¿A qué te refieres con eso de «extraños»? —quiso saber Anton.

—Si por ti fuera, probablemente, el programa se tendría que llamar «Esperando a Vampiro Noel», ¿no?

—¡Desde luego!

—¡Pero es que en la televisión no hay ningún Vampiro Noel! —dijo el padre de Anton riéndose.

—Efectivamente —dijo Anton—. En la televisión no...

Y con cara de inocencia miró a su madre, pues no había sido él quien había empezado a hablar de vampiros.

¡Feliz Navidad!

Poco después de las seis llamaron al timbre.

—¡Por fin! —dijo la madre de Anton.

—¡Yo abriré! —exclamó Anton, y salió disparado al pasillo.

Ante la puerta estaban Anna y el pequeño Vampiro.

Ninguno de los dos mostraba un aspecto especialmente «navideño»: tenían la cara llena de extrañas manchas de colores y por encima de sus capas de vampiro llevaban, brillantes por la humedad, «pieles de goma»: lo que los vampiros utilizaban para protegerse de la lluvia. Además de eso olían terriblemente a mohó y a aire de ataúd...

—¡Buenas noches, Anton! —dijo entonces cariñosamente Anna.

—Hola, Anna —contestó.

—¿Y a mí no me saludas o qué? —bufó el pequeño vampiro—. ¿Te ha dejado sin habla la gripe siberiana?

Anton notó cómo se le ponía la cara colorada.

—Hola, Rüdiger... Me alegro de que estés aquí —añadió.

—¡Maldita lluvia! —protestó Anna—. ¡Un auténtico tiempo de cebollas!

—¿Un tiempo de cebollas? —repitió perplejo Anton.

Ella soltó una risita.

—Bueno, cuando uno se tiene que poner tantas cosas unas encima de otras... Pero no te preocupes —dijo—. Debajo tengo algo muy bonito.

Anna se quitó rápidamente la «piel de goma» y la capa de vampiro. Apareció entonces un elegante vestido de terciopelo de color rojo oscuro de cuello alto.

—¡Qué estupendo! —dijo Anton sinceramente impresionado.

—¡Mi ropa tampoco está nada mal! —gruñó el pequeño vampiro quitándose también la «piel de goma» y la capa de vampiro. Anton vio sorprendido que Rüdiger iba vestido con pantalones negros hasta media pierna, un frac negro y una camisa de color lila de chorreras.

—¿De dónde habéis sacado los trajes? —preguntó.

El pequeño vampiro lanzó una mirada maliciosa a Anna y dijo:

—¡La ropa es de su ex-novio!

—¡Asqueroso! —gritó Anna.

—¿Acaso la ropa no es de Igno Rante? —preguntó hipócritamente el pequeño vampiro.

—Sí —admitió Arma rechinando los dientes—. ¡Pero él *no* es mi ex-novio! Todo lo contrario: ¡yo le encuentro vulgar y repulsivo!

—¿Así tan de repente?

—¡No tan de repente! Y además: primero, fue *él* quien quiso trabar amistad conmigo y no al revés. Segundo, ¡yo no podía saber que en realidad se llamaba Profesor Piepenschnurz y que era investigador de vampiros! Y tercero —siguió diciendo Anna en voz muy alta—, ¡eso sólo lo dices para echarnos a perder el espíritu navideño que tenemos Anton y yo!

—¡Espero que no! —se oyó entonces la voz del padre de Anton.

Anton se volvió sobresaltado. ¡Se había olvidado completamente de sus padres!

Estaban de pie al final del pasillo —al parecer no habían querido molestarles mientras se saludaban—, mirándoles llenos de expectación. Anton, angustiado, se preguntó cuánto tiempo llevarían allí sus padres y de cuánto se habrían enterado de la conversación que habían tenido ellos en la puerta de la casa...

—¿No vas a hacer pasar a tus amigos? —preguntó entonces el padre de Anton.

Para que no se le notara lo cortado que estaba, Anton se apartó un paso y dijo con un marcado desenfado:

—Adelante, siempre que no seáis unos vam...

Iba a decir «vampiros», en broma, pero se dio cuenta y se quedó callado.

—¡Unos investigadores de vampiros, ji, ji, ji! —completó la frase Anna con una risita.

Rüdiger le dio un codazo de advertencia en un costado y bufó:

—¿Te has olvidado de lo que habíamos acordado?

—No —dijo Anna poniendo cara de sentirse culpable.

—¿Y qué es lo que habéis acordado? —preguntó curioso el padre de Anton.

—Bah, nada importante —contestó el pequeño vampiro—. Sólo asuntos familiares.

Se dirigió hacia la madre de Anton, le dio la mano y con una profunda reverencia dijo:

—Feliz Navidad, señora Bohnsack. Y muchas gracias por su invitación.

Luego le dio la mano al padre de Anton y dijo:

—Feliz Navidad, señor Bohnsack. Y muchas gracias por su invitación.

—¡Basta con que deis las gracias una sola vez —dijo el padre de Anton riéndose... algo cortado, según le pareció a Anton.

—El lema de nuestra familia es: ¡mejor una vez de más que una vez de menos! —observó Anna soltando una sonora carcajada.

—¡Chiss! —le ordenó el pequeño vampiro.



—¿No queréis que colguemos vuestros abrigos mojados en el cuarto de baño? —preguntó la madre de Anton señalando las capas y las «pieles de goma» que Anna y Rüdiger llevaban todavía colgadas del brazo.

Encima de la alfombra ya se habían formado charcos.

—¿En el cuarto de baño? —dijo el vampiro abriendo mucho los ojos asustado—. ¡De ninguna manera!

—Pero es que tendrán que secarse —opinó la madre de Anton.

Anton se estaba temiendo ya que iba a ver las capas de los vampiros desde más cerca..., pero entonces Anna intervino:

—¡Las colgaremos en la habitación de Anton! —dijo, y se encaminó muy decidida hacia la puerta de la habitación de Anton.

—Sí, eso es lo que haremos —exclamó Rüdiger, y se fue detrás de Anna.

Anton quiso salir corriendo detrás, pero su padre le sujetó del brazo.

—¡Por lo menos saca la palangana del baño y colócala debajo de las capas!

—Una Nochebuena con sorpresas especiales... —dijo la madre de Anton suspirando—. Me parece que papá y yo deberíamos encender ahora las velas. Tocaremos la campana cuando estemos listos.

Estoy tan emocionada...

Cuando entró en su habitación, Anton vio aterrado que Anna y Rüdiger estaban pegando saltos encima de su cama como si fuera un trampolín.

—¡Oh, estoy tan emocionada, tan emocionada! —cantaba Anna a voz en grito, y el pequeño vampiro la acompañaba dando palmas.

—¿Os habéis vuelto locos? —exclamó Anton.

—¡Sí! —contestó Anna riéndose—. ¡Estamos locamente emocionados!

Y luego empezó a canturrear otra vez:

—¡Oh, estoy tan emocionada, tan emocionada, tan emocionada!...

En esta ocasión el pequeño vampiro también cantó.

Anton colocó furioso la palangana en el suelo y echó dentro de ella las «pieles de goma», que estaban delante del armario.



—¡Eh, ten un poco más de cuidado! —le chilló el pequeño vampiro—. ¿O acaso quieres que nuestras valiosísimas «pieles de goma» tengan un desgarrón?

—No —gruñó Anton—. ¡Lo que quiero es que os bajéis de mi cama!

Anna pegó un salto, cayó en la alfombra y le dijo bromeando:

—Tú también debes de tener un pequeño Papá Noel en el oído, ¿no?

—¿Que debo de tener qué?

—Un pequeño Papá Noel en el oído, ¡ji, ji, ji! ¡Igual que Schnuppermaul! —exclamó Anna riéndose más fuerte—. Lumpi dice que todo este jaleo navideño ha sido demasiado para los nervios de Schnuppermaul. Imagínate: ¡cuando Lumpi le ha llamado y ha cogido el teléfono ha dicho «Soy Schnuppermeier..., digo..., perdón, soy Geiermaul!

Rüdiger y Anna prorrumpieron en sonoras carcajadas. Hasta Anton tuvo que reírse.

—¿Ya no estás enfadado con nosotros? —preguntó Anna mirándole cariñosamente.

—Yo... —dijo Anton poniéndose colorado.

Rápidamente se dio media vuelta y señaló el charco que había delante de su armario.

—Estaba furioso porque habéis tirado sin más ni más vuestras «pieles de goma» y os habéis puesto a saltar encima de mi cama —declaró.

—Pero es que hoy es Navidad: ¡mi primerísima Navidad! —exclamó Anna con los ojos brillantes y pegando un par de saltitos sobre el mismo sitio—. ¡Y por eso *tengo* que dar rienda suelta a mi alegría!

Anton carraspeó y dijo:

—Realmente la Navidad es una fiesta bastante tranquila...

—¿Tranquila? —dijo Anna sin podérselo creer.

—Por lo menos eso es lo que piensan mis padres. Seguro que no les gusta que armemos mucho ruido..., simplemente por los vecinos.

—Pero es que estando tan emocionada como estoy... —dijo Anna mirándole suplicante—. ¿No podría saltar un poquito más? ¡Sólo cinco minutos!

—¡No! —contestó bruscamente el pequeño vampiro—. Ya has oído lo que ha dicho Anton. ¡Y además, tú ya no eres ningún bebé para estar todo el rato zascandileando!

Anna puso cara de sentirse ofendida.

—¡Tú has hecho lo mismo que yo!

El pequeño vampiro volvió la cara hacia un lado y se calló muy dignamente.

—No os peleéis —medió Anton.

—Bah, yo no me peleo nunca —replicó Anna—. ¡Es Rüdiger el que siempre está buscando bronca!

—¡¿Qué?! ¡¿yo?! —resopló el pequeño vampiro—. ¡Pero si has sido *tú* otra vez la que ha empezado!...

—¡Chiss! —susurró Anton en tono confidencial señalando a la puerta—. Podíais volveros a empolverar un poco —dijo después—, porque se os ha corrido bastante el maquillaje.

—¿Se nos ha corrido el maquillaje? —dijo asustada Anna—. ¡Eso ha sido con la lluvia!

—Pues yo no tengo ninguna gana de volver a echarme polvos en la cara —declaró el pequeño vampiro mirando fijamente a Anton—. A no ser que...

—¿A no ser que... qué? —preguntó Anton no temiéndose nada bueno.

—A no ser que, si no, se me note que... ¡que soy un vampiro!

—No, no —aseguró Anton—. Es sólo que estáis un poco pintarrajeados, con muchos colorines..., pero vampiros no parecéis.

—Pero si los colorines son maravillosos —dijo el pequeño vampiro soltando una carcajada—. ¡Además, hace juego con los regalos y con..., ji, ji, ji, con el papel de envolver, que también es de colores!

Anna se estiró y exclamó:

—¡Pues *a mí* no me gusta ir pintarrajeada!... ¡Pero aquí no tengo polvos de tocador! —dijo luego dirigiéndose a Anton.

Levantó del suelo una cartera negra que estaba medio metida debajo de la cama y que, por eso mismo, Anton no había visto hasta entonces.

—Aquí dentro sólo llevo los regalos para vosotros.

—Si quieres, yo puedo ir a buscar polvos de tocador... al cuarto de baño —se ofreció Anton.

Anna asintió agradecida.

—¡Y un cepillo!

—Y un lápiz de labios —completó el pequeño vampiro.

—¿Es que quieres pintarte los labios acaso? —preguntó perplejo Anton.

—¿Yo? ¡No! —dijo Rüdiger riéndose burlón—. ¡Pero Anna seguro que quiere pintarse los labios para dar besos!

—¡Asqueroso! —bufó Anna, que se había ido poniendo cada vez más colorada.

—¿Por qué? —se hizo el inocente Rüdiger—. ¿No me has dicho cuando veníamos hacia aquí que le ibas a dar un beso de Navidad a Anton?

—Yo..., me voy a buscar los polvos de tocador —dijo rápidamente Anton yéndose hacia la puerta.

Pero entonces sonaron unas fuertes y claras campanadas.

—Demasiado tarde —le dijo Anton a Anna lamentándolo mucho—. ¡Es la campanilla de Navidad!

—¿Ahora me van a dar a mí los regalos? —preguntó el pequeño vampiro con voz estridente.

—A nosotros —le corrigió Anna—. ¡Nos van a dar *nuestros* regalos!

—Espero que no —replicó el pequeño vampiro—. ¡A mí los regalos compartidos no me gustan nada!

Sonó la campanilla por segunda vez. Anton cogió del escritorio la bolsa de los regalos de Navidad: los que él mismo había hecho y los que había comprado.

—Vamos —dijo.

El pequeño vampiro agarró la cartera negra y exclamó:

—¡En sus ataúdes..., listos..., ya



¡Oh, árbol de Navidad!

El pequeño vampiro se detuvo ante la puerta del cuarto de estar.

—Tú primero —le dijo a Anton con una risita irónica.

Anton abrió la puerta... y en el primer momento se quedó como deslumbrado, pues sabía que sus padres habían comprado un abeto muy grande y muy bonito, pero ahora con sus velas encendidas y los adornos navideños era cuando el árbol destacaba con todo su esplendor.

—¡Qué bonito! —exclamó Anna.

Y el pequeño vampiro graznó:

—¡Vaya un árbol tan súper que tenéis!

—¿Os gusta? —dijo la madre de Anton sonriendo halagada.

—¡Sí! —confirmó Anna—. Nuestros abetos son mucho más feos —añadió.

—¿Tenéis abetos?... ¿Y además varios? —preguntó sorprendido el padre de Anton.

—Sí, nueve —respondió Anna.

La madre de Anton prestó mucha atención.

—¿Nueve? ¿Y por qué tantos?

—Los ha traído Lumpi.

—Lumpi... —dijo la madre de Anton, que se había puesto pálida—. ¿Y no sabrás, por casualidad, de dónde ha sacado los árboles? —preguntó con una inquietud mal disimulada.

—No —dijo Anna.

—¡Pero yo sí lo sé! —exclamó el pequeño vampiro—. ¡Lumpi le ha ayudado a descargar a un vendedor de abetos, ji, ji, ji!

—Ah, era eso... —dijo la madre de Anton suspirando aliviada.

—Anton nos había contado que vosotros no celebrabais la Navidad —observó su padre.

—Y no la celebramos —confirmó el pequeño vampiro—. Pero en esta ocasión queríamos tener más festiva nuestra cr...

Se interrumpió de pronto y se tapó la boca con la mano.

—¿Crrrr? —repitió divertido el padre de Anton—. ¡Eso suena igual que una película de vampiros!

—Efectivamente —dijo Anna—. Es que Rüdiger ve demasiadas películas de vampiros —añadió con una risita haciéndole un guiño a Anton.

—¡Oh, mi Olga! —exclamó entonces el pequeño vampiro, y con la mirada fija se acercó al abeto, del que colgaban unos cuantos angelitos de Navidad.

—Si quieres, luego puedes llevarte uno —declaró rápidamente Anton—. ¿Verdad que sí, mamá?

Su madre asintió:

—¡Claro!

—Nosotros no tenemos ningún adorno navideño —dijo Anna tocando con mucho cuidado las delicadas figuritas de cristal.

—¿No tenéis ningún adorno... teniendo nueve árboles? —se sorprendió el padre de Anton—. ¿No queréis llevaros entonces unas cuantas bolas y unas campanillas?

Anna sacudió la cabeza y respondió:

—No creo que nos dejaran ponerlas.

—Vosotros no siempre lo tenéis muy fácil en vuestra casa, ¿verdad? —dijo la madre de Anton mirando con compasión a Anna y a Rüdiger.

—¿Sabe usted una cosa? Nuestra familia tampoco lo tiene siempre muy fácil con nosotros —repuso Rüdiger—. Sobre todo con mi hermana pequeña.

—¿Conmigo? —exclamó indignada Anna—. ¡Si hasta me han elegido miembro del Consejo de Familia!...

—¡Pero por lo demás tú no eres precisamente el orgullo de nuestra familia! —dijo el pequeño vampiro con una risita burlona.

Anna cerró los puños y gritó:

—¡Imbécil!

—¡No os peleéis! —dijo Anton.

—Sí, en Nochebuena no debe uno pelearse —coincidió con él su madre—. Además, ahora deberíamos empezar a repartir los regalos.

—¡Por fin! —exclamó el pequeño vampiro.

La madre de Anton se fue hasta el tocadiscos y puso un disco de villancicos.

Un coro infantil cantó: «¡Oh, árbol de Navidad! ¡Oh, árbol de Navidad! ¡Qué verdes son tus hojas!»

Anna escuchó con cara de arobo.

—Música... ¡A nosotros nos encanta la música!

—¿Por qué no nos cantas entonces un villancico, Anna? —preguntó el padre de Anton.

—¿Yo? —dijo ella desconcertada.

—¡Sí! —contestó apagando con decisión el tocadiscos—. ¡Es mucho más bonito si canto uno mismo! Nuestro hijo lo único que hace es escuchar discos —siguió diciendo—. Y eso que en sus calificaciones pone que tiene muy buena voz.

—¿Anton... muy buena voz? —exclamó el pequeño vampiro soltando una carcajada que parecía un balido.

—¡Sí, pero desgraciadamente en casa no canta nunca! —dijo la madre de Anton lanzando una mirada de reproche hacia el pequeño vampiro.



—Sí, porque en el colegio ya me machacan suficientemente las cuerdas vocales —replicó malhumorado Anton.

—Bueno, ¿qué? —dijo el padre de Anton haciéndole a Anna un gesto con la cabeza para animarla—. ¿Qué te parece si nos cantas ahora un villancico? Por ejemplo:... ¡Noche de Paz!

—Yo... —dijo Anna pasándose la mano por el pelo—. No me sé la letra... Quiero decir: no me acuerdo de la letra —añadió.

Sin embargo, después de una pausa dijo:

—Pero conozco una poesía de Navidad.

—¡Oh, una poesía, qué bien! —se alegró la madre de Anton.

Anna se puso de puntillas y recitó:

¡Qué bella es la Navidad!

Ya no tengo que estar sola.

Con mi Anton puedo estar.

¡Qué noche tan deliciosa!

—Con *tu* Anton... —gruñó el pequeño vampiro—. ¡Con *nuestro* Anton, si no te importa!

—¿Nuestro? —dijo Anna fingiendo perplejidad—. ¿No habías dicho qué no te gustaban nada los regalos compartidos? —preguntó ella riéndose, pero rápidamente se tapó la boca con la mano.

Los padres de Anton se miraron extrañados.

—Parece que os conocéis muy bien —observó la madre de Anton.

—*Muy* bien no diría yo —repuso Anna—. Pero lo que ahora no es puede llegar a serlo en un futuro: es un viejo dicho vampi... digo... ¡familiar!

—Por lo menos os conocéis mejor de lo que podría uno suponer por lo que cuenta Anton —dijo su madre.

—¿Y qué es lo que cuenta? —preguntó el pequeño vampiro.

—Casi nada... Por eso es por lo que nos sorprendemos —declaró el padre de Anton.

Anna sonrió picaramente.

—¡Hummm, eso de que no cuente nada, en cierto modo, no es muy halagador, claro...

—... pero por otra es completamente comprensible —completó la frase el pequeño vampiro.

Le guiñó un ojo a Anna y los dos empezaron a reírse..., esta vez en perfecta armonía.

Ya va siendo hora de repartir los regalos

La madre de Anton carraspeó y dijo:

—Creo que va siendo el momento de repartir los regalos —exclamó, intentando mostrarse segura.

—¡Ya era hora! —contestó con estridencia el pequeño vampiro—. ¿Y dónde están los regalos?

—Donde están siempre —contestó el padre de Anton—. ¡Debajo del abeto! —dijo encendiendo la lámpara de pie que había junto al sofá.

Anna pegó un grito.

—¡La luz!... ¡Es demasiado fuerte!

—¡Eh, contrólate! —bufó el pequeño vampiro.

—Es que con las velas era mucho más tétrico —replicó Anna.

—¿Más tétrico? —dijo divertido el padre de Anton.

—Anna quiere decir más *íntimo* —explicó Rüdiger—. A menudo mi hermana pequeña se va de la lengua.

—¿En qué se va de la lengua? —preguntó la madre de Anton examinando primero a Rüdiger y luego a Anna.

—¿En qué?... —dijo el pequeño vampiro rascándose la barbilla y pensando, al parecer, qué podía responder.

—¡Sí! Qué qué es lo que Anna no debería decir —siguió inquiriendo la madre de Anton.

—Ah, sí, ahora comprendo —dijo el pequeño vampiro dándose significativamente golpecitos en la frente—. No quería decir que se va de la lengua, sino que confunde las palabras. Anna no siempre encuentra las palabras correctas, ¿sabe?

—¡Exactamente igual que tú! —gritó Anna.

—Pero seguro que sí encuentra los regalos correctos —dijo el padre de Anton riéndose de todo corazón—. ¿No quieres empezar, Anna?

—Sí —contestó Anna.

Se agachó y empezó a buscar entre los paquetes. Un ratito después se levantó —se había puesto colorada— y dijo:

—En este de aquí pone «Anna».

Era, como Anton reconoció de inmediato, el paquete del estuche de maquillaje. Anna acarició arrobada el papel de envolver, que tenía dibujados ositos de colores.

—Pues si pone tu nombre, puedes abrirlo tranquilamente —la animó el padre de Anton.

Anna sonrió... con una timidez insólita en ella. Llevó el paquete hasta la mesa y desató con mucho cuidado el lazo rojo.

El pequeño vampiro, impaciente, daba saltos sobre las puntillas.

—Ábrelo ya —bufó—. ¡Los demás también queremos ver nuestros regalos!

—No tienes por qué esperar hasta que Anna haya terminado de abrir su paquete —dijo la madre de Anton.

—¿No? —exclamó el pequeño vampiro.

—No —aseguró ella—. En nuestra casa las cosas no son tan estrictas.

Entonces ya no hubo quien parara al pequeño vampiro: se abalanzó sobre los paquetes y, al contrario que Anna, se fue a la mesa con los brazos llenos de regalos.

—¡Todo es para mí! —anunció orgulloso.

—¿Para ti? —dijo Anton poniéndolo en duda.

¿Sería verdad que habían comprado tantas cosas para el pequeño vampiro? El pequeño vampiro colocó en la mesa seis, no, ¡siete! paquetes de todos los tamaños.

Naturalmente, el primero que abrió fue el paquete más grande... y entonces exclamó decepcionado:

—¡Bah, sólo son cerillas!

—Una caja gigante —declaró Anton—. ¡Ésta sirve para medio siglo!

El pequeño vampiro frunció malhumorado los labios.

—Y yo que pensaba que la Navidad era la fiesta de los regalos *personales*... —bufó.

—Y sí que lo es —le dio la razón el padre de Anton—. ¡Será mejor que mires los demás paquetes!

Rüdiger gruñó algo incomprensible y empezó a abrir —seguramente como protesta— el paquete más pequeño de todos.

—Un mechero, qué original —se burló.

Y aún se puso de peor humor cuando abrió el tercer paquete y vio la linterna.

La madre de Anton se rió cortada..., como si hubiera sido ella la que había elegido aquellos regalos.

—Anton pensó que todas estas cosas os podían ser muy útiles —dijo.

—¿Nos podían ser muy útiles? —dijo el pequeño vampiro fulminando a Anton con la mirada—. O sea, que encima son regalos compartidos, ¿no?

Anton se encogió de hombros.

—Si hubiera sabido que no te ibas a alegrar nada, me hubiera ahorrado el dinero —repuso.

—Pero yo sí que me alegro —dijo entonces Anna—. ¡Me alegro un montón! —exclamó con ojos de entusiasmo levantando el estuche de maquillaje, el lápiz de labios y la polvera—. ¡Los regalos son maravillosos! —dijo emocionada sorbiendo por la nariz.

—Abre el paquete azul —le propuso la madre de Anton al pequeño vampiro.

El pequeño vampiro abrió el paquete de mala gana... y pegó un grito de sorpresa.

Luego leyó lo que ponía la caja: «Walkman»; sólo que en vez de pronunciar en inglés lo pronunció con «v», como si fuera en alemán. ^[1]

Anton tuvo que hacer esfuerzos para permanecer serio.

—Zurrar... —murmuró el pequeño vampiro—. Zurrar significa dar una paliza, ¿no?

—¿Una paliza? —dijo Anton, que ahora no pudo evitar la risa—. ¡No! Con el walkman (él pronunció la palabra correctamente) puedes escuchar música mientras caminas.

—¿De veras? —exclamó el pequeño vampiro—. ¿Y... y mientras vuelo también?

—Sí, en los aviones también —confirmó la madre de Anton.

El pequeño vampiro con la alegría y los nervios se había puesto colorado.

—Para oír música —dijo sacando con cuidado el aparato de la caja—. ¿Y esto de aquí qué es? —preguntó señalando los auriculares.

—Te los tienes que poner —le aclaró el padre de Anton.



—¡Luego aprietas la tecla de «play» y entonces suena la música!
Anna se había colocado junto al pequeño vampiro y miraba el walkman con mucha curiosidad.

—Yo ya he visto varias veces aparatos como éste —dijo ella—. Pero sólo en los escaparates —añadió.

—¿Sólo en los escaparates? —repitió la madre de Anton—. ¿Vuestros padres no os dejan tener un walkman? —preguntó mirando cortada a Anton—. ¿Ocurre igual que con los espejos?

—¿Con los espejos? —dijo Anna dando un paso hacia atrás.

—Sí. Anton nos ha contado que vuestros padres no consienten que haya ningún espejo en casa por..., bueno, por cuestiones ideológicas...

—¿Por cuestiones ideológicas?... —dijo Anna guiñándole un ojo a Rüdiger, y, como si hubieran recibido una orden, los dos se echaron a reír.

—¿Es que no es verdad? —preguntó la madre de Anton.

—Sí, sí es verdad —dijo el pequeño vampiro—. Es que nosotros no somos como otra gente, ¿sabe?

La madre de Anton hizo un ademán de desconcierto.

—Entonces..., entonces tal vez los polvos de tocador y el lápiz de labios no son precisamente los regalos más apropiados.

—¡Oh, sí, son muy apropiados! —aseguró Anna—. Y me gustaría probarlos..., en el cuarto de baño, si no tiene usted nada en contra...

—¡Como iba a tener algo en contra! —contestó la madre de Anton.

Anna se fue corriendo a la puerta.

—Hasta ahora —dijo.

La parte más difícil de la fiesta

El pequeño vampiro entre tanto se había colocado los auriculares y había apretado varias veces en vano el botón de «play».

—Tienes que meter una casete —le explicó Anton.

—¿Qué dices? —gritó el pequeño vampiro.

—¡Quítate primero los auriculares! —gritó a su vez Anton.

Rüdiger así lo hizo.

—Este estúpido chisme no funciona —anunció.

—¡Me parece a mí que esa observación es bastante poco cortés! —le reprendió el padre de Anton—. ¿No crees que te has precipitado un poco en tu juicio?

—¡¿Que me he precipitado?! De este chisme no sale ni una nota —contestó el pequeño vampiro entregándole el walkman al padre de Anton—. ¡Compruébelo usted mismo!

Sin decir una palabra, el padre de Anton se fue al armario, cogió una cásete y la puso en el walkman.

—¡Toma! Quizá deberías probar otra vez —dijo en un tono ligeramente burlón— antes de echar pestes del aparato.

El pequeño vampiro se puso los auriculares y con un gesto de manifiesto desinterés apretó el botón de «play».

Hasta Anton pudo oír que ahora sí sonaba la música. El walkman debía de estar a todo volumen.

El pequeño vampiro empezó a reírse, pero luego la expresión de su cara cambió repentinamente: en la frente le aparecieron gotas de sudor, comenzaron a temblarle los labios... y de repente se quitó de un tirón los auriculares y lanzó un grito de furia.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó el padre de Anton.

—Stöbermann —gimió el pequeño vampiro—. ¡Era Stöbermann!

—¿Qué casete es? —preguntó Anton temiéndose lo peor—. No será la de Pequeño-Oldenbüttel, ¿no?

Su padre asintió con la cabeza.

—Pero, ¿qué es lo que tiene Rüdiger en contra de *Las alegres golondrinas de pueblo*, bajo la dirección de Ernst-Albert Stöbermann?

—Es que..., no le gusta la música popular —dijo rápidamente Anton.

En la frente del pequeño vampiro seguía habiendo gotas de sudor. Seguro que se había acordado de las vacaciones en la granja... y de que el médico del pueblo, Stöbermann, que en su tiempo libre se dedicaba a cazar vampiros, le había encerrado en su casa y Anton había podido liberarle solamente en el último momento...

—Vas a tener casetes realmente buenas —le aseguró Anton para que se olvidara del tema señalándole los regalos—. ¡Yo que tú miraría el paquetito rojo!

Rüdiger cogió el paquetito. Aparecieron las dos casetes de música pop que había comprado Anton. El pequeño vampiro estudió de mala gana las letras de las canciones.

—Humm, esto suena razonable —dijo finalmente metiendo una casete en el walkman.

Escuchó con atención y entonces, ¡por fin!, sonrió.

Moviendo la cabeza y los hombros al compás de la música se puso a desempaquetar el resto de los regalos. La música parecía haberle puesto de mejor humor, pues hasta sonrió afablemente cuando sacó las velas que había escogido Anton. Y cuando vio el libro *Dieciséis historias, negras como la pez, para noctámbulos*, le hizo a Anton un gesto de reconocimiento.

—¡Alabado sea el cielo! —le susurró la madre de Anton al padre—. Parece que ya hemos pasado la parte más difícil de la fiesta.

—¡Hola! —dijo entonces Anna.

Estaba en la puerta y se había empolvado tanto que su cara tenía un aspecto tan extraño que parecía una máscara. Los labios, sin embargo, se los había pintado bastante bien. Menos logradas estaban las mejillas, pintadas de rojo...

Anton no pudo evitar una risita, y también sus padres sonrieron.

—Qué bien estoy, ¿verdad? —preguntó Anna mirando insegura a unos y a otros.

—Bueno... —dijo muy diplomática la madre de Anton—, teniendo en cuenta que no os podéis mirar al espejo...

—Te has empolvado demasiado —declaró Anton, pues sabía que Anna odiaba las mentiras piadosas.

Ella sonrió avergonzada.

—Es que el pincel hacía unas cosquillas tan ricas que no he parado de empolvarme y empolvarme... Pero, bueno, por Navidad se puede una empolvar un poquitín de más, ¿no? ¡Sobre todo cuando te han regalado una polvera!

Se dirigió hacia los padres de Anton, les dio la mano a los dos y haciendo una reverencia dijo:

—¡Muchas gracias por el regalo!

—¡Pero si aún te quedan más! —repuso Anton.

—¡Sí, busca debajo del abeto! —completó la madre de Anton, visiblemente impresionada por el «buen» comportamiento de Anna.

Anna se agachó. Luego se fue hacia la mesa con tres paquetes. Anton y sus padres vieron cómo desempaquetaba sus velas rojas, el diario con el cierre de plata y su libro: *Las más bellas historias de amor de vampiros*.

Cuando Anna terminó de desenvolverlo todo estaba que se le saltaban las lágrimas.

—¡Cuántas cosas!... —susurró.

Y antes de que Anton pudiera explicarse cómo, ella le había abrazado y le había dado un beso en cada mejilla.

—¡Gracias, Anton! —susurró.

—Gracias, ¿por qué? —se defendió él cortado.

—Por todo —contestó ella—. Y especialmente por el libro —dijo acariciando con la punta de sus dedos la cubierta de color azul oscuro—. ¡Hay que ver qué cosas! ¡Hay hasta libros de historias de amor de vampiros!...

Patrimonio familiar

—¿Lo has leído *tú* ya? —preguntó ella después de una pausa mirando expectante a Anton.

—¡Por supuesto que no! —respondió con perspicacia Anton—. No debe uno leer los libros que va a regalar.

—Claro, claro —dijo su madre—. ¿Y el libro de Rüdiger? —preguntó señalando el sofá en el que el pequeño vampiro, con los auriculares puestos, estaba enfrascado en sus *Dieciséis historias negras como la pez*.

—Con el libro de Rüdiger lo único que he hecho ha sido comprobarlo —declaró Anton—. Es que Anna y Rüdiger no leen *cualquier* historia de vampiros —añadió.

—¡Es verdad! —dijo Anna—. Las historias violentas las rechazamos..., y también las que presentan siempre a los vampiros de una forma negativa.

El padre de Anton se rió y dijo:

—Vosotros sois realmente difíciles de contentar, ¿eh?

—Sí, efectivamente —corroboró ella—. Nosotros tenemos unos gustos muy peculiares. ¿Verdad que sí, Anton?

Con una risita Anna se fue corriendo hacia la vieja cartera negra que había dejado junto a la puerta. Inmediatamente después regresó con dos paquetes envueltos en papel de seda arrugado.

—Espero que sea de *su* gusto —dijo dándole a la madre de Anton uno de los paquetes—. ¡Y espero que éste sea de *tu* gusto! —le dijo después a Anton entregándole el otro paquete.

Anton todavía estaba dudando si abrirlo o no cuando su madre exclamó:

—¡Oh, mirad, es un candelabro!

—¡Y además una pieza extraordinariamente refinada! —añadió su padre.

—Es del patrimonio familiar —reveló Anna.

A Anton el candelabro más que «refinado» le parecía antiquísimo.

—Es una auténtica pieza de anticuario —opinó la madre de Anton.

—De los años veinte, calculo yo —dijo el padre de Anton.

—Mucho más antiguo —replicó Anna—. ¡Es de 1848!

—¿Tan antiguo? —exclamó el padre de Anton—. ¿No es entonces demasiado valioso?

—Sí, de verdad, Anna..., no podemos aceptar un regalo tan sumamente valioso —dijo la madre de Anton.

—Sí, sí que pueden —contestó Anna sonriendo—. En primer lugar, el regalo es de los dos: de Rüdiger y mío. Y en segundo lugar, ustedes nos han dado una alegría enorme con su invitación. Ni siquiera se pueden imaginar ustedes lo enorme que ha sido. En comparación con eso, el candelabro es solamente una pequeñez.



—¿Y vuestros padres? —preguntó el padre de Anton—. ¿Están de acuerdo ellos? ¡Lo digo porque si el candelabro es parte del patrimonio familiar!...

Anna le guiñó un ojo a Anton y dijo:

—En cierto modo sigue quedando en la familia...

Anton se había puesto colorado. Rápidamente se volvió hacia su regalo. Era un pequeño cojín negro completamente repleto de perlas. Anton vio en él un corazón de color rojo oscuro con dos letras negras entrelazadas: una «A» de «Anna» y una «A» de «Anton».

—Lo he bordado para ti —susurró tiernamente Anna.

—¿De veras? —dijo Anton—. ¡Tienes que haber tardado semanas!

—Mi abuela me ha ayudado un poco —reconoció Anna—. Pero la muestra se me ha ocurrido a mí solita. ¿Te gusta?

Anton asintió con la cabeza y dijo:

—Es muy artística.

—¿De veras? —dijo Anna sonriendo halagada—. ¿Y qué más? —preguntó.

—¿Qué más?... —repitió Anton.

—¡Sí! ¿Aparte de eso no notas nada?

Anton miró a sus padres, que —¿qué otra cosa cabía esperar?— no se perdían ni una sola palabra. ¡Qué lástima que ellos no llevaran auriculares puestos como el pequeño vampiro!

—Pues..., el cojín me parece estupendo —dijo—. ¡Y lo pondré en el sitio que se merece! —añadió.

—¿En tu cama? —preguntó esperanzada Anna. Al parecer a ella no le importaba nada que estuvieran allí los padres de Anton sin perderse ni una sola palabra.

Anton, cortado, tosió y dijo:

—Yo..., eh..., no lo sé todavía.

—Pues es que lo he hecho precisamente para eso —declaró ella—. ¡Porque quiero que tengas dulces sueños!

Anton entonces hubiera podido responder que, con el olor a moho que el cojín desprendía, más bien le iban a entrar pesadillas. Sin embargo, como no quería ofender a Anna, dijo simplemente:

—Probaré a ver.

—Eso es lo que tienes que hacer —dijo ella con una risita—. ¡Y así se cumplirán todos los deseos que yo he ido pensando mientras lo bordaba!

—¿Y qué deseos son esos? —preguntó entonces, no precisamente con demasiado tacto, el padre de Anton.

—Áh... —dijo con gran misterio Anna—, muchos deseos... ¡Uno por cada perla!

—¡Oh, entonces Anton es un hombre de suerte! —exclamó su padre riéndose—. ¡Me apuesto lo que sea a que hay por lo menos doscientas perlas!

—Trescientas —le corrigió Anna—. Si quiere usted saber cuántas hay exactamente: son trescientas treinta y tres.

—¿Y tantos deseos tienes tú para Anton?

—Sí —confirmó Anna mirando a Anton con una extraña solemnidad—. No debe ser uno nunca demasiado modesto con sus deseos —añadió—. Y sobre todo, ¡tiene uno que creer que se harán realidad!

Al oír sus últimas palabras a Anton le entraron escalofríos.

—Yo..., ni siquiera he mirado aún qué es lo que me habéis regalado vosotros —dijo dirigiéndose rápidamente a sus padres.

Pato a la Bohnsack

—¡Y yo ni siquiera he mirado aún cómo va la comida! —se dio cuenta de pronto su madre, y lanzando un grito salió corriendo hacia la puerta.

—Oh, Dios mío, si no ha ocurrido alguna desgracia... —dijo el padre de Anton, y salió corriendo tras ella.

De pronto Anna y Anton se habían quedado solos..., exceptuando al pequeño vampiro. Pero éste estaba sentado en el sofá, moviéndose al compás de la música y sin preocuparse en absoluto por lo que sucedía a su alrededor.

—¿Quieres que te cuente cuáles son los deseos que he pensado mientras bordaba? —preguntó suavemente Anna.

Anton carraspeó.

—Yo..., yo no creo que este sea el momento más oportuno —contestó.

—¿Y por qué no? —dijo Anna ligeramente ofendida.

—Porque mis padres van a volver enseguida —contestó él—. Con nuestro pato de Navidad.

Anna puso cara de asco.

—Pues está buenísimo —aseguró Anton—. Por lo menos a mí me gusta mucho —precisó.

—¡Me temo que esta vez no te va a gustar! —exclamó el padre de Anton regresando con gesto contrariado al cuarto de estar—. Desgraciadamente... el pato se nos ha quemado.

—¿Se ha quemado? —gritó indignado Anton. ¡Y es que él se pasaba todo el año pensando en el pato de Navidad, con su exquisito relleno de nueces, manzanas y pasas de Corinto!

Su padre, cortado, se encogió de hombros.

—Me parece que hemos estado demasiado ocupados con otras cosas..., pero en una Nochebuena en la que se tienen unos invitados tan interesantes —dijo sonriéndole a Anna y disculpándose— es normal que se olvide uno de que hay un pato metido en el horno. Afortunadamente —dijo como consuelo— aún nos queda el postre. ¡Gelatina roja!

—Y, además, el pato sólo se ha quemado *un poco* —completó la madre de Anton, que entró en la habitación con una bandeja llena de platos y vasos.

Empezó a poner la mesa. El padre de Anton la ayudó y en un abrir y cerrar de ojos habían transformado la mesa en una mesa de banquete.

Anna observó fascinada la porcelana con rosas pintadas, los cubiertos de plata y las servilletas blancas de tela. Y cuando luego la madre de Anton colocó también el candelabro —el regalo de Anna y de Rüdiger— en el centro de la mesa y puso una vela roja, Anna suspiró feliz y dijo:

—Sí, así me había imaginado yo la Navidad...

—Ojalá no te decepcione demasiado nuestra comida —opinó el padre de Anton.

—No lo creo —replicó Anna a la ligera.

—Entonces voy ya a por el pato —anunció la madre de Anton—. O mejor dicho: a por lo que queda de él.

Sin embargo, el pato no estaba, ni mucho menos, tan carbonizado como Anton se había temido. Sus padres le habían tenido que quitar la piel, pero la carne y el relleno presentaban aún una pinta bastante apetitosa. De repente Anton sé dio cuenta de que tenía mucha hambre. A sus

padres parecía ocurrirles lo mismo.

—Vamos a sentarnos —dijo el padre de Anton animándole a Rüdiger con la mirada. Rüdiger, sin embargo, no reaccionó.

—¡Eh! —gritó Anna sacudiéndole por los hombros—. ¡Los padres de Anton quieren cenar!

—¿Qué pasa? —gruñó el pequeño vampiro.

—¡A cenar! —exclamó Anna.

—¡No entiendo nada! —chilló el pequeño vampiro.

Anna entonces le quitó muy decidida los auriculares. Rüdiger iba a protestar, pero ella le previno:

—¡Acuérdate de lo que hemos hablado!

—Está bien —bufó el pequeño vampiro, y, asombrosamente obediente, se sentó a la mesa.

—¡Nos estáis dejando con mucha curiosidad con vuestros acuerdos! —dijo el padre de Anton riéndose.

—Ay, no es más que por seguridad, ¿sabe usted? —dijo Anna.

—¿Por seguridad? —repitió la madre de Anton.

—Sí, para no meter la pata —explicó Anna—. Porque es que... somos algo inexpertos en celebraciones.

—¡Pero en comer seguro que no sois inexpertos —bromeó el padre de Anton.

Y sin preguntar les sirvió, primero a Anna y luego a Rüdiger, un trozo de carne a cada uno en su plato.

—¡Qué aproveche! —dijo—. ¡Ojalá el pato de Navidad os guste a pesar de todo! —añadió.

Aquel deseo se lo podía haber ahorrado, porque el pequeño vampiro pegó un grito estridente y se sujetó el estómago con las manos.

—¿Te duele? —le preguntó preocupada la madre de Anton.

—¡Ay, mi estómago! —lloriqueó el pequeño vampiro.

—¿No será de hambre? —preguntó la madre de Anton.

—No —gimió el pequeño vampiro—. ¡Es por el pato!

—Pero... —dijo sonriendo forzado el padre de Anton, que, al parecer, estaba intentando no perder la calma—. ¡A tu hermana sí le gusta el pato!

—¿Ella ha dicho eso? —preguntó el pequeño vampiro mirando sombrío de reojo a Anna.

—No exactamente —admitió el padre de Anton.

—A Rüdiger le da pena el pato —afirmó Anna—. Es que les tiene mucho cariño a los animales... ¿No es cierto, Rüdiger? —dijo mirándole suplicante.

El pequeño vampiro gruñó algo incomprensible.

—El pato no tiene por qué darle pena —declaró la madre de Anton—. Ya no era ninguna cría.

—Pues a mí me da pena —replicó el pequeño vampiro poniendo hocico—, porque el pobre pato ya no puede volar. ¡Y volar es tan, tan, tan bonito!

Los padres de Anton se miraron un tanto desconcertados.

—¿Acaso sois... vegetarianos? —preguntó entonces la madre de Anton.

—¿Vejestorios? —dijo el pequeño vampiro con una risita estridente—. En cierto modo sí que somos bastante... ¡vejestorios!

Luego le dio un codazo a Anna, que estaba sentada a su lado, y preguntó:

—¿Tu qué opinas?

Anna se puso tiesa y dijo muy digna:

—Nosotros en realidad no comemos carne, señora Bohnsack.

La madre de Anton sonrió cortada.

—Entonces creo que será mejor que pasemos al postre...

En ese momento llamaron al timbre de la puerta.

Para meterse en el ataúd

—¿Quién podrá ser? —preguntó sorprendida la madre de Anton.

—Probablemente la abuela y el abuelo —opinó Anton.

—No —dijo ella sacudiendo la cabeza—. La abuela y el abuelo no vienen hasta mañana.

—Yo me figuro que será el propio Papá Noel en persona —bromeó el padre de Anton levantándose.

—¡O la señora Misemann, que viene otra vez a protestar! —exclamó suspirando la madre de Anton, y salió.

—¿Tú también crees que será la señora Misemann? —preguntó susurrando Anna cuando se quedaron solos.

Anton se rió burlón y dijo:

—Pues no lo sé..., pero que ella es una *miserable*, ¡seguro!

La risa burlona, sin embargo, se le quitó en cuanto oyó una voz a veces chillona, a veces grave, que deseaba «¡Feliz Navidad!»

—¡Lu..., Lumpi! —balbució el pequeño vampiro.

—Oh, Drácula mío, no... —dijo Anna, que parecía estar no menos afectada.

Se oyeron unos ruidosos pasos que se aproximaban, y luego Lumpi miró dentro del cuarto.

—¡Ah, estáis *aquí*! —dijo—. Pero, ¿por qué ponéis esas caras? ¿Es que Papá Noel se ha olvidado de vosotros? Bah, no importa... ¡ahora me tenéis a mí!

—Por desgracia —bufó Anna.

—¿Por desgracia? —se hizo el ofendido Lumpi—. ¿Quieres insinuar con eso que no soy bien recibido aquí?

—No, no —aseguró la madre de Anton, que había aparecido por la puerta junto con el padre—. Naturalmente nos alegramos de que hayas venido..., igual que Anna y Rüdiger.

—Gracias —dijo Lumpi—. Es de agradecer oír esas cosas.

Con un fuerte suspiro se dejó caer en la silla en la que antes estaba sentado el padre de Anton.

—¡Un asiento! ¡Por fin un asiento!

—¿Es que Geiermeier no tiene sillas? —preguntó Anna burlándose de él.

—Muy graciosa... —gruñó Lumpi—. Tendrías que haber estado *tú* media hora a pie firme delante de un abeto cantando canciones de Navidad; ¡y encima con todo el cuartucho apestando a... ¡brrr!..., a ajo!

—Seguro que no habrá sido tan malo —dijo Anna—. ¡Y también nosotros hemos estado de pie delante del abeto de Anton!

—Pero no hemos cantado —objetó el padre de Anton.

—¡Y además, aún no lo sabéis todo! —continuó Lumpi haciéndose el importante—. Después de cantar nos íbamos a sentar por fin y entonces a Geiermeier le dio ese..., ese ataque... ¡y tuve que sostenerle hasta que llegó la ambulancia!

—¿A Geiermeier le ha dado un ataque? —exclamó el pequeño vampiro—. ¿Un ataque al corazón otra vez?

—No —contestó con voz apagada Lumpi—. Un ataque de debilidad... Y a mí también me

hubiera dado uno si no llego a encontrar aquí una silla en el último minuto. —Se pasó la mano por la frente y exclamó—: ¡Ahora sí que estoy para meterme en el ataúd!

—¿Para meterte en el ataúd? —repitió ofendida la madre de Anton—. Sobre esas cosas no debe uno gastar bromas... ¡y muchísimo menos en Nochebuena!

—¡Exacto! —dijo Anna con una risita—. Sobre esas cosas no se bromea —añadió guiñándole el ojo al pequeño vampiro.

Rüdiger empezó a reírse también.

La madre de Anton les lanzó a Anna y a Rüdiger una mirada de reproche, pero no dijo nada.

—¿No querrías quizá coger fuerzas? —le preguntó ella a Lumpi.

—¿Coger fuerzas? ¡Oh, sí! —exclamó con estridencia Lumpi relamiéndose una vez rápidamente. Y mientras lanzaba una mirada ávida al cuello de la madre de Anton dijo—: Tampoco hace falta que sea mucho. Un pequeño bocadito haría milagros...

—¿Un pequeño bocadito? —exclamó indignada Anna—. ¿Es que has perdido el juicio?

—No, ¿por qué? —contestó Lumpi, que ya había cobrado la rígida mirada de vampiro—. Pero si ella misma se ha ofrecido...

—¡Vamonos! —dijo enérgicamente Anna—. ¡Ven, Rüdiger, ayúdame!

Ella se había puesto en pie de un salto y le había agarrado a Lumpi del brazo derecho.

—¡Cógele tú del otro brazo!

—No, yo llevaré la cartera —repuso el pequeño vampiro—. ¡Es que yo no quiero tener broncas con Lumpi! —añadió malicioso.

—Pero con la familia Bohnsack sí, ¿no? —bufó Anna.

Muy decidida sacó a Lumpi al pasillo pasando por delante de los padres de Anton. Lumpi, que estaba extrañamente rígido y ausente, se dejó llevar sin resistencia.

—No..., no lo comprendo —dijo la madre de Anton—. ¡No tenéis por qué marcharos todavía! ¡Queda suficiente comida para Lumpi! Y si no le gusta el pato..., seguro que Anton le cederá su postre.



—Otra vez será —contestó simplemente Anna. Y susurrando se dirigió al pequeño vampiro—: ¡Deprisa! ¡Coge nuestras «pieles de goma» y nuestras capas de la habitación de Anton!

—¡Un momento! —replicó el pequeño vampiro, que había abierto la cartera negra y había sacado de ella un grueso paquete envuelto en papel marrón—. Toma —le dijo a Anton—. Casi se me olvida: es tu regalo de Navidad.

—Gracias —dijo anonadado Anton.

Vio cómo Rüdiger metía su walkman, el libro y los demás regalos —también los de Anna— en la cartera negra de cuero. Luego el pequeño vampiro se fue corriendo a la habitación de Anton y regresó con las dos «pieles de goma» y con las capas.

—¡Date prisa! —le urgió Anna—. ¡Lumpi está volviendo en sí!

—Pero... —dijo todavía la madre de Anton. Sin embargo, los tres vampiros ya estaban en el descansillo.

Anton cerró rápidamente la puerta..., por si acaso, pues nunca se sabía de qué podía ser capaz un Lumpi hambriento y decepcionado...

Cuando Anton entró en el cuarto, sus padres se encontraban sentados en el sofá con cara de estar bastante agotados.

—Vaya Nochebuena... —suspiró la madre de Anton.

—Por lo menos no ha sido como las demás —intentó bromear el padre de Anton.

—No, ha sido más bien de Serie B —dijo la madre de Anton.

—¿Cómo de Serie B? —preguntó Anton fingiendo ignorancia.

—Así les llaman en el cine a las películas de vampiros, ¿no?

—¿A las películas de vampiros? —dijo Anton sacudiendo la cabeza—. No, en todo caso a las de ciencia-ficción.

—Bah, para él caso son las mismas paparruchas —dijo ella—. ¡Alejadas de toda realidad!

—Sí tú lo dices... —dijo Anton riéndose irónicamente.

Empezó a desenvolver el paquete de Rüdiger... y no dio crédito a lo que vieron sus ojos: eran sus propios libros, que el pequeño vampiro le había ido «cogiendo prestados» a Anton a lo largo del tiempo. Aunque faltaba su último libro: *Vampiros entre amigos*.

—Es un regalo realmente original —observó la madre de Anton, que, por supuesto, había reconocido inmediatamente los libros.

—Al menos es una buena sorpresa —dijo Anton.

Su madre se levantó.

—Voy a preparar un té —anunció—. Y luego volveremos a celebrar la Nochebuena..., ¡nuestra Nochebuena!

Fue una noche muy tranquila: demasiado tranquila, le pareció a Anton. Pero, bueno, consiguió el plumas rojo que había pedido, un grueso libro, titulado *Leyendas inquietantes de Schleswig-Holstein*, un chándal nuevo y un juego. Sí, y además, en cierta forma, fue un consuelo poderse comer tres postres: ¡el suyo, el de Anna y el de Rüdiger!





ANGELA SOMMER-BODENBURG. Nacida el 18 de diciembre de 1948 en una localidad cercana a Hamburgo, es una escritora alemana. Estudió educación, psicología y sociología en la Universidad de Hamburgo. Ejerció de maestra durante doce años, dedicándose finalmente a sus dos pasiones, la pintura y la literatura. Ha escrito más de cuarenta libros entre poesía y novela. Su gran éxito han sido las novelas infantiles del pequeño vampiro, de las que ha vendido más de diez millones de ejemplares. Sus obras han sido adaptadas para el teatro, la radio, el cine y la televisión. La película del pequeño vampiro, dirigida por Ulrich Edel, fue estrenada en 2000.

Notas

[1] El verbo alemán «walken» significa zurrar (*N. del T.*) <<